

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 28 - Octubre de 2011 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



8

Salir de Grecia



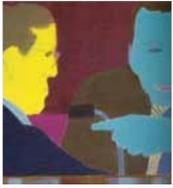
10

Cuba Vadis



14

Constituyentes en helicóptero



17

Tranströmer



18

Condenado oro



20

Me dijeron güevón



Universo Centro

Publicación mensual
 Dirección y fotografía
 Juan Fernando Ospina
 Comité editorial
 Sergio Valencia
 Fernando Mora
 Pascual Gaviria
 Juan Carlos Orrego
 Guillermo Cardona
 María Isabel Naranjo
 Corrección
 Sergio Valencia y equipo UC
 Diseño y diagramación
 Lyda Estrada
 Coordinación comercial
 José Alejandro Zuluaga
 Ramón Marulanda
 Distribución
 Érika, Sebastián y Gustavo
 Asistente
 Érika Acero
 Es una publicación de la
 Corporación Universo Centro
 Número 28 - Octubre 2011
 15.000 ejemplares
 Impreso en La Patria
 universocentro@universocentro.com

Distribución gratuita

www.universocentro.com

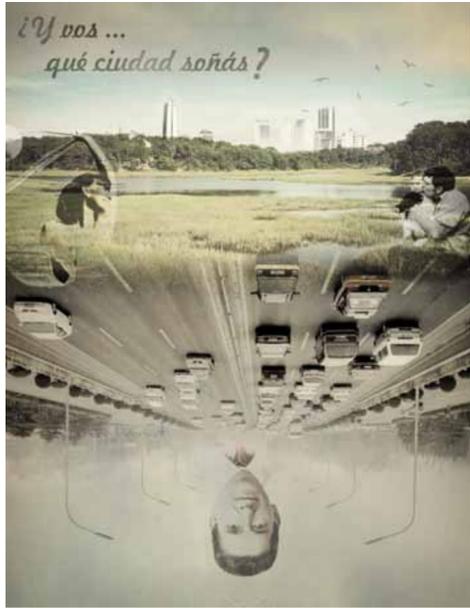


Ilustración: @delgallego

Elegir

Es una desgracia que el ambiente de nuestras ciudades, la salud de sus esquinas y la posibilidad de sus parques, el genio de los choferes, las expectativas de los peleaos, el miedo ambiente, dependa tanto de lo que pasa en los palacios municipales. Hasta dónde se ha devaluado la palabra palacio. Tal vez Budapest, París, Nueva York hayan desarrollado anticuerpos suficientes contra los desastres que durante cuatro años puede inventar, dejar pasar o concertar una burocracia torpe o malintencionada. Pero entre nosotros una decisión electoral puede marcar la diferencia entre la ciudad de mostrar y la ciudad de esconder. Aquí no hay esplendores sino precarios resplandores.

En los años 80, antes de la elección popular de alcaldes, Cali tuvo un pequeño apogeo que la puso en el pedestal urbano de nuestro país. Algunos alcaldes visitaban la capital del Valle para conocer el milagro de una ciudad obediente y feliz. No sé qué ogro vino después y luego otro y otro más y Cali todavía recuerda un pequeño descanso que logró entre 1992 y 1994, con Rodrigo Guerrero. Está cerca de elegirlo de nuevo para intentar olvidarse de una pesadilla que la ha llevado a pensar en su destino de ser por siempre la hermana mayor de Tumaco o Buenaventura. Puertos desbarajustados por las mafias interesadas en el poder político.

Bogotá fue durante comienzos de los noventa el adfesio de mostrar para los bucólicos que se reían desde los frailejones de La Calera. La ciudad era una apología de la neurosis y la Avenida Caracas demostraba que un laberinto se puede diseñar en línea recta. Llegaron Mokus y Peñalosa y la capital descubrió que se podía evitar el caos con algo de carreta para ciudadanos aburridos de hacerse zancadilla y algunos espacios que igualaran a sus habitantes por lo alto. Entonces los fotógrafos se dedicaron a los libros para elogiar a la metrópoli y se acuñó eso de 2.600 metros más cerca de las

estrellas. Enrique y Antanas se dedicaron a las conferencias internacionales. Ahora Samuel Moreno está en la cárcel y los bogotanos por nacimiento y adopción no pueden escapar ni a Monserrate: el camino peatonal está en viacrucis desde hace tres años. Y es lógico que la autoestima de los lanudos esté por el suelo: no es fácil admitir que se dejaron timar por un político sonriente y tres hermanos costeños con ínfulas de cacahos.

Barranquilla ha tenido desde hace años una historia negra que cada invierno es arrastrada y confirmada por los arroyos. Eligió dos veces a un cura carismático y vulgar creyendo que se podía santificar el carnaval. Y es ejemplo de cómo se comercializan los votos: los mochileros son empadronadores que trabajan desde la inscripción. Venden el combo de Alcalde, Gobernador, Concejo, Asamblea y JAL a 240.000 barras. Todo se paga en rama. El 20% es para el "impulsador electoral". Pero un solo periodo les ha mostrado las mieles de una administración sorprendente. Barranquilla ha comenzado a ser referente y es muy posible que en manos de Elsa Noguera complete ocho años exitosos. Ya veremos los libros dorados de La Arenosa.

Durante ocho años Medellín ha visto crecer un aire ciudadano que no conocía. Dos administraciones desligadas de las camarillas políticas le dieron algo de audacia a las ideas públicas, algo de naturalidad al trato de los funcionarios y por momentos pudimos olvidar el triste formalismo de los burócratas que es perfecto en esconder la mediocridad. Por supuesto Medellín sacó sus libros para sacar pecho. Nunca será suficiente y siempre habrá reparos. Pero quedan muchos ejemplos para hacer comparaciones ominosas. La unidad deportiva de los suramericanos frente al muro de concreto y hierro forjado que se convirtió en baño y peligro público. El Norte, cerca a Moravia, que siempre fue una vergüenza convertido en un referente: Ruta N, Explora, Planetario renovado, jardín botánico para algo más que rastrojear y un centro cultural para la gente del basurero, una especie de indemnización. Las bibliotecas de los barrios, convertidas en centros juveniles, ancianatos, chismosaderos comunitarios y sitios de consulta, enfrentadas a un cascarón suntuoso construido encima de un edificio patrimonial. Pero dejemos la lista que pierde eficacia y cansa.

Tal vez lo más importante es que la ciudad, o por lo menos la mayoría de sus habitantes, sean capaces de reconocer la diferencia y de resistir la organización de nuestros mochileros y de evadir la intimidación de los pillos. Si no seremos tan vulnerables como Magangué, Yumbo o Puerto Gaitán. Y oiremos la risa de cuervos, la burla que nos prodigarán los bucólicos desde Santa Elena. ☹

Desenmascarados



Buscar farsantes es un impulso natural. El ojo y el cerebro humano están diseñados para identificarlos. Hace parte del instinto de supervivencia. Pero quitarles la máscara, envolverlos en una telaraña pegajosa y digerirlos poco a poco no es tan fácil. Entregamos una reflexión sobre el disfraz de todos los días y cuatro víctimas para que se diviertan.



Imperio de la máscara

Eduardo Escobar. Ilustración Cachorro

pantán al búho, y desata perfumes engañosos en las vulvas multicolores de las flores para atraer con la simulación los insectos que las polinizan. La Venus carnívora atrae las moscas esparciendo remedos de sus efluvios sexuales y las digiere en una liturgia babosa sin remordimiento. Su deber es sobrevivir.

En los negocios y el amor que un poeta llamó deliciosa mentira la mendacidad está a la orden del día. Lo mismo que en la política, reino de las huera promesas y que en la diplomacia, profesión ejercida por expertos en venias y zalemas de espinazos flexibles. Como ilusión involuntaria o disimulo malicioso la mentira adopta múltiples disfraces en su eterna maquinación.

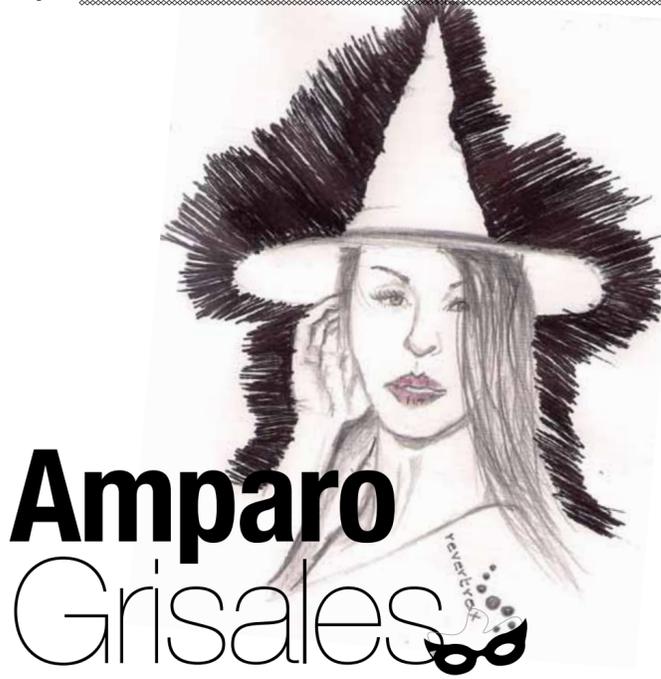
Un amigo de Nabokov escribió que su obra de ficción está construida con incomparable perspicacia sobre el engaño, la crueldad, la mentira. Sobre todo *Lolita*, dijo, es el análisis de una tiranía. En *Ada o el ardor* su novela más ambiciosa Nabokov dice de unos amantes que sus primeras caricias francas y frenéticas fueron precedidas por un breve periodo de extrañas astucias y disimulos solapados. Disimulos solapados parece una redundancia en un escritor que cultivó la economía de la expresión, pero la duplicación resulta necesaria para enfatizar la situación. El malhechor enmascarado era Van pero Ada al tolerar sus aproximaciones aceptaba tácitamente su carácter escandaloso y hasta monstruoso, dice con socarronería.

La mención del enmascarado completa el pensamiento. La máscara permite eludir las imposiciones de la corteza y la moral. El enmascarado satisface sus inclinaciones secretas burlando los límites impuestos por la sociedad y lleva a cabo lo que jamás se hubiera atrevido a rostro abierto. Pero la verdad del rostro es relativa. El soy tuyo del novio de rodillas, empuñando un ramo de no me olvides encubre las segundas intenciones de devorar la novia. Y el rito le

impone a ella la ocultación de lo único que sabe: que fingiendo el sometimiento reinará sobre su amante. El lenguaje evidencia la naturaleza secreta del amor en las endechas que hablan de traiciones, asedios, y castillos rendidos.

Estas mujeres adorables que pavonean sus ondulantes siliconas por la calle, hechizos de peinadores, pestañas postizas, ojos bañados en colirio, sonrientes engañosas con los labios pintados, obligan a pensar que la verdad en bruto de la Eva primigenia llena de piojos se parece mucho a la bestialidad de la cual tratamos de escapar por subterfugios y timos mientras luchamos por un cielo fenecido que brilla sobre nuestras cabezas. Al final, quién sabe, como esos fugitivos que se ocultan en las ruinas o en las alcantarillas que las ciudades enmascaran, que solo asoman la cara las noches cuando falta la veleidosa luna, y que cuando al fin son hallados por la policía ponen cara de alivio, estaremos felices, alegres de regresar al silencio, a salvo de las ilusiones de la verdad y sus falsas preguntas, antes de revelar la última máscara de hueso.

Oscar Wilde dijo que el fin del mentiroso es dar placer, que la mentira es la base de toda civilización, que una cena sin un mentiroso aún en una casa lústre resulta latosa. Wilde, un esteta, usó la mentira para construir una vida lamentable y brillante. E insistió en que la máscara es más elocuente que el rostro. Y que la Verdad se muestra inextinguible con quienes le rinden culto. Heródoto por los infundios y las falsas apreciaciones de sus libros podría llamarse Padre de las Mentiras, según Wilde, pero ostenta el título de fundador de la Historia. ☹



Amparo Grisales

Eduardo Arias. Ilustración Verónica Velásquez

Colombia, país especializado en manufacturar y mantener toda clase de farsas en los más altos pedestales, desde hace tres décadas y media supone, presume y asume que Amparo Grisales es una gran actriz. Que es la diva de los estudios de grabación. Que, como artista, no tiene nada que envidiarle a Vicky Hernández, a Patricia Ariza, a Margarita Rosa de Francisco. Y mucho menos a las nuevas actrices que ella tanto desprecia diciéndoles “niñitas”. Han sido 35 años de reverencias a la diva. Desde 1975, cuando apareció con su estilito altanero en la telenove-

la Manuela, ha pisado duro. Como cualquier Eduardo Pimentel que se respete (¿Lo recuerdan ustedes, amigos de Medellín, en el césped del Atanasio Girardot?). Siempre lo hace. Y para posar de artista rebelde, escandaliza con tonterías como aquella de que hizo el amor a bordo de un avión de pasajeros. Como quien dice, pionera de los deportes extremos en Colombia y a nivel surcontinental.

Amparo Grisales, como toda buena pésima actriz que se respete, siempre actúa igual. Siempre es la misma lastosa que hace pucheros y alega porque no sabe expresarse de otra manera, que

pataletea en la ficción como lo hace en la vida real. Un caso similar al de Garrincha, el famoso futbolista de Botafogo y la selección Brasil que sólo se sabía una jugada pero que siempre le salía bien. Amparo Grisales sólo sabe hacer un gesto, un movimiento de cuello y otro de culo y el país sigue embelesado.

Como buena diva arribista, se proclama gran amiga del gobernante de turno. Lo ha hecho desde los tiempos de López Michelsen y su máximo orgullo era ser amiga de Ernesto Samper Pizano.

A mí me divierte cada vez que ella, en nombre del noble arte de la actuación, ataca y humilla a sus colegas. En el mejor estilo de Pimentel, no, qué Pimentel, de José Luis Chilavert. Insulta colegas, denigra de candidatas del Concurso Nacional de Belleza. Humilla periodistas. Y que lo digan quienes tuvieron la mala suerte de trabajar con ella. Camarógrafos, asistentes de dirección, sonidistas... los desplantes de la doña han hecho historia en los anales de las producciones de telenovelas. Bota pelo para allá y para acá. Taconea y volea cartera (perdón, ella le dirá bolso). Insulta. Hace pucheros. Habla de lo divino y lo humano cuando la entrevistan. Pero... qué mal, pero qué mal actúa la doña.

Amparo, que presume ahora de su sabiduría musical en un concurso de imitadores, le encanta repetir a los cuatro vientos lo estudiada que es. Lo preparada. Y va uno a ver, a oír, y no queda más remedio que decir: “esa platata se perdió”. Durante años se dedicó a pregonar a diestra y siniestra que estaba en la mira de los grandes estudios de Hollywood. Para que la farsa se hiciera creíble, la doña Diva nos hizo el gran favor de irse a vivir a Los Ángeles y desaparecerse de Colom-

bia por unos años. Resultado: un (1) papel de extra con parlamento en película de serie B dirigida por un colombiano. Ah, y cómo se la carcomió la envidia cuando la “niñita” Catalina Sandino fue nominada a un premio Óscar.

En estos días se gana la vida humillando al aire a los concursantes de Yo me llamo. Vuelve a ser noticia por lo único que sabe hacer. Mover el pelo, mover el culo, pisar duro, hacer pucheros, insultar y humillar a los que están por debajo de ella.

Cuando lo único que se tiene para mostrar es un chasis, es evidente que se hagan esfuerzos ingentes para que este no se oxide. Amparo Grisales es eso: un chasis al que no se lo come ni el óxido, esta vez en el sentido literal de la frase, sin la ironía de la metáfora. Amparo Grisales es un chasis que hace esfuerzos ingentes por aplazar el día en que no quede otra alternativa que la chatarrización.

Pero bueno. En un país que vive del cuento de que el segundo himno más lindo del mundo después de La Marsellesa es el colombiano (como si el de Antioquia no fuera mucho más lindo que el de Colombia, y lo digo yo, que soy rolo), personajes como Amparo Grisales perduran a punto de echar codo y de poner a babear a medio país lagarto y lambón a punta de gimnasio.

Dicen por ahí quienes la adulan y la veneran, que “Amparo es la única diva de la televisión colombiana”. Si ser diva es ser Susana Giménez o Laura en América, de acuerdo, la Doña es una diva. Qué patético. Nuestra “única diva” no es más que un chasis. ☹



sale al ruedo con un traje de flores bordadas en el pecho que a uno le recuerdan los atuendos de Ana y Jaime o de Mercedes Sosa. Pero unos minutos después nos damos cuenta de que ella no es una representante de la canción protesta latinoamericana, aunque tiene el genio y la figura, incluso el tono brioso y emotivo de una manifestante de los años setenta. La sorpresa viene luego cuando nos anuncian que es una conferencista, no “una” sino “la” conferencista de Historia Universal más aplaudida de Colombia”. Y digo aplaudida, cosa que un profesor de Sociales de colegio no logrará jamás, por más ayuda que tenga de un

papelógrafo o un nintendo sobre el Pantano de Vargas. Dianita apenas tiene su voz que hace eco de Celia Cruz cuando dice: “No sé qué tiene tu voz que fascina, no sé qué tiene tu voz que domina”. Y esa misma voz es la que ha hecho que sus discos se vendan tanto como los de Ricardo Arjona. Se los ve en las vitrinas hasta de Yopal en estuches de lujo como las series de Los Soprano, aunque ya no sé Diana en qué temporada va.

La ubicuidad es un don de la fama o tal vez su causa. Por eso a Diana se la puede oír hasta en la radio, las mañanas de domingo, mientras derrochamos agua lavando el carro o el perro. Diana habló esta semana sobre Martin Luther King, pero la próxima entrega puede ser

Yo me llamo Diana Uribe

Arsenio Cué. Ilustración Verónica Velásquez

sobre el Hombre de Cromagnon, el Estrecho de Bering y luego la cadena de invasiones y cruzadas hasta llegar a la bomba atómica. Para rematar un suceso como este último, Dianita sabe amenizar las charlas con frases de costurero, tipo: “Ese Truman no era ninguna perita en dulce, fue el que mandó a tirar la bomba”. Entonces la mamá, que obliga a su hijo maqueta a que la oiga, apenas co-dea al adolescente para decirle: “¿Sí vio? ¡La bomba atómica! ¡Escuche, en vez de estar chateando todo el santo día!”.

Media humanidad caerá sobre este hereje que abjura de alguien tan bien preparado como Diana, a la que nadie le ha regalado nada; y antes se le nota el esfuerzo que ha hecho para llegar don-

de está una historiadora y filósofa, casi con los mismos puntos que Los Reencuchados.

Está bien que la Historia hable de cosas pasadas, pero la visión que tiene Diana ya es demasiado retro y antes que ilustrar ayuda a reforzar todos los lugares comunes que se han dicho sobre héroes, sucesos y heroínas, con los que la Historia oficial nos engatusa y hasta nos somete, una carreta impulsada por anécdotas como las que cuentan los cocheros de Cartagena a los turistas. Pero no con la misma modestia sino con la pretensión académica que muestra Diana en congresos y ferias del libro, bajo el supuesto de: “esta es la versión de los hechos”, “así sucedieron las cosas”,



Los detectives de Bolaño

Pablo Montoya. Ilustración Verónica Velásquez

Fue Álvaro Mutis quien dijo que en cada ciudad latinoamericana había un Lezama Lima oculto. Muy culterano, homosexual a la manera antigua y hermético hasta el delirio. De igual modo, hay montones de Bukowskis diseminados en los pueblos y urbes del continente. Que yo sepa, hay uno en La Habana, otro en Cartagena de Indias, otro en La Paz y otro en Lima. Dicen que son legión en México y en Sao Paulo por evidentes razones de demografía literaria. Afectos a lo escatológico, misóginos de envergadura y, al mismo tiempo, fornicadores de gran calibre. En esta dirección, Bolaños han empezado a brotar, como silvestres flores malditas, en las comarcas andinas, selváticas y caribeñas. El fenómeno es atractivo y, de algún modo, renovador, porque han empezado a quedar atrás las influencias dejadas por los grandes jefes del boom.

Al publicarse *Los detectives salvajes* en 1998, la ola Bolaño empezó a expandirse con un vértigo muy similar al que atraviesa su mundo narrativo. Se nos dijo que surgía una voz nueva. Una voz original donde la erudición libresca se mezcla con el formato de la novela negra; donde el crimen

atroz cabalga al lado del humor corrosivo, donde la marginalidad literaria se abraza a la desesperanza política. En fin, aparecía un universo en el que sexo tórrido, mafias tercermundistas, talleres literarios y revoluciones fracasadas bailan de un modo nunca visto en la feria letradas del mundo.

Se creyó que Bolaño había llegado para ocupar el pódium que han tenido García Márquez, Fuentes y Vargas Llosa. Y es muy posible que, en razón de su éxito editorial, de su aceptación en las aulas académicas de América Latina, Estados Unidos y Europa, y por supuesto del número de sus imitadores, ya esté en él. Rápidamente se puso a *Los detectives salvajes* de Bolaño en la misma línea de *Rayuela* y *Paradiso*. Novelas apoteósicas en su lenguaje y su estructura narrativa, nos explicaron claramente. Y precisaron, igualmente, que la enormidad en ellas obedecía a su magistral aliento caudaloso.

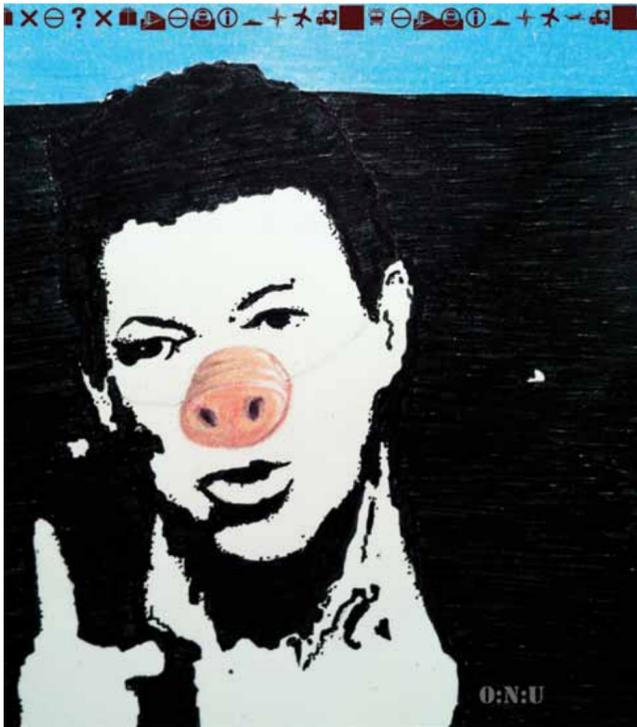
También hubo quienes pensaron que Borges tenía en Bolaño un continuador formidable. *La Literatura Nazi en América* escrita por el chileno brota, sin duda, de los primeros cuentos infames del argentino. Pero aquí el émulo se atrevía a

dar un paso adelante. Sin ningún arredo, confabulaba su sapiencia literaria con pericias sexuales bien condimentadas. Y, de alguna manera, entendíamos que si Borges, por esas justificaciones polémicas que plantean que los narradores son los autores mismos, había sido algo así como un impotente sexual, Bolaño aparecía bastante plantado y suficientemente geroso. Y cuando los premios surgieron, el *Herralde* y el *Rómulo Gallegos*, y el autor de *Estrella distante* se elevó en Barcelona como el gurú mayor de la nueva narrativa latinoamericana, comprendimos mejor el fenómeno que él y sus compinches se alistaban a representar. Un fenómeno que consiste, palabras más palabras menos, en construir la imagen de un continente delirante y aberrante, caldeado y subdesarrollado, en el que el mal es casual y no causal, y muy propio para satisfacer las angurias literarias del público europeo.

¡Ave Bolaño!, se empezó a exclamar cada vez que salían como un sombrero de mago, aunque sería mejor decir de editor, la serie inacabada de sus novelas póstumas. Y la exclamación sonaba con más ímpetu al saber que un mediocre poeta marginal, un errabundo oscuro sin procedencias familiares conspicuas, emergido de una de clase social baja, era el nuevo jefe de nuestra narrativa. Narrativa, como bien se sabe, pródiga en zalamerías de diplomacia y herencias culturales de familias prósperas. Y, además, estaba Flaubert. Porque Bolaño también tenía algo del huraño francés. Porque Bolaño, eso se dijo aquí y allá, era una milagrosa síntesis de todos. De los escritores franceses, por ejemplo, tenía demasiado. Era descendiente digno de los poetas malditos. Y en sus obras hay desparramados homenajes a bardos vanguardistas y a escritores gallos pertenecientes a la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero si Flaubert revisaba hasta el cansancio y no publicaba lo que creía incompleto, Bolaño casi siempre se mostraba desdeñoso con las labores de la corrección. Y su escritura se caracteriza, ciertamente, por una desidia que salta a los ojos. Como muestra este botón: “Un día se disgustó con mi amiga porque supo que era mi amiga o tal vez se acostó con mi otra amiga y ésta le dijo so tonto ¿no te has dado cuenta que la amiga de Guillem es su amiga?”. O este otro: “... cerraba los ojos y pensaba en todo lo que había pasado esa noche, todas las cosas violentas y luego todas las cosas bonitas y cómo las cosas bonitas se habían impuesto a las cosas violentas y eso sin ni siquiera haber tenido que volverse violentas, digo, las cosas bonitas...”. *Los detectives salvajes*, no es blasfemia afirmarlo, está tachonado de genialidades de este orden. Ahora bien, frente a lo que se debía o no publicar, se argumentó que el autor de *Amuleto* pensó en su familia que se iba a quedar sin estipendios. Por ello ordenó a su editor editar posterramente todos sus manuscritos. En fin, todo padre tiene derecho a pensar en el futuro de sus hijos, no faltaba más, e





El Santo

Pascual Gaviria. Ilustración Cachorro

Manuel preparó un acto solemne que los maledicentes han comenzado a llamar La última cena: Presidente en el centro, sin aureola, ministros a lado y lado, Contralora a manera de virgen, Procurador como acólito invitado y General Naranjo como supernumerario. Santos le dijo al país que el robo se contaba por billo- nes. Dos meses después las cifras no están claras y algunos expertos dicen que oficialmente no se puede hablar de más de 5000 millones de pesos perdidos en los famosos recobros de las EPS. Ruido y no mucho más. Un año largo después el gobierno no ha logrado ni siquiera actualizar el Plan Obligatorio de Salud. La medida más urgente según la voz impaciente de todo el sector salud. Santos ha inventado una nueva consigna: si es imposible mover al Estado, se hace necesario ponerlo a posar.

Pero hay muchas simulaciones para exhibir. En medio del invierno del año anterior el Presidente dijo que el desastre sería una oportunidad para mejorar la vida de algunos pueblos que se debatían entre la eterna disyuntiva polvo-lodo, habló incluso de trasladar el casco oxidado de algunos municipios a zonas seguras y fértiles. Guiaría a los habitantes de Campo de la Cruz y Manatí con un cayado de pastor y los oficinistas del Estado como centinelas. Ya se incubaba otro invierno en las aguas del Pacífico y el gobierno acaba de darse cuenta que las 3745 casas que iba a construir en el sur del Atlántico no tienen contratistas adecuados. Santos había nombrado un banquero para organizar la reconstrucción, le encantan las prácticas de buen gobierno corporativo, pero nunca se imaginó lo mucho que hay de Colombia a Bancolombia.

Verlo descalzo en la Sierra durante la mañana de su posesión fue un pésimo augurio. Un sainete elaborado en clave juvenil. El hombre estaba de novelero o estaba sobreactuado o creía que la posesión se podía convertir en un comercial de marca-país. Desde el principio pensó: el riesgo es que se quiera quedar. Y ahora resulta que es un gran entusiasta de la construcción de un hotel tailandés de 7 estrellas en la zona de Arrecifes. No, pero eso fue hace 15 minutos, ya es un enemigo declarado del proyecto. No por razones de fondo sino porque su hermano y su primo empañaron el proyecto. Habían hecho alguna gestión hace unos años y Santos decidió tapar con ellos su culprontismo frente a un hotel seductor. No solo se cubre, también se esconde.

La más original actuación de Presidente puede resultar la más peligrosa. Desde el comienzo cortó los hilos con que Uribe pretendía moverlo, o al menos eso hizo creer a Uribe fanáticos y antiuribistas maniacos, acabó con las gazaperas, tendió manos que parecían imposibles, habló de conflicto y de pulir llaves para la paz, acogió propuestas del partido Liberal y estuvo cerca de ponerse la máscara de Angelino para que los demócratas votaran el TLC. Se habló entonces de su talante liberal y su supuesta traición a los principios que lo había elegido sobre los hombros de Álvaro Uribe. Pero Santos es un gran simulador, sabe agacharse para que pase el temporal del Uribismo y quedarse con los réditos liberales y las reformas conservadoras. Por la vía del silencio calculado y la búsqueda de un supuesto futuro armonioso, el Presidente puede terminar, bajo la máscara del liberal renacido, llevando a cabo reformas que ni el propio Uribe logró. Ya estuvieron cerca con la prohibición del aborto en los tres casos extremos que permitió la Corte. Ahora trabajan en un nuevo estatuto antidrogas que pretende llevar a la cárcel incluso al consumidor de puertas para adentro, y está lista la propuesta para ampliar el fuero militar por medio de una presunción que haría casi imposible develar casos similares a los falsos positivos.

Pero hay una buena noticia. Los niños antojadizos se prendan del disfraz del vecino a la mitad de la fiesta. Sus amigos siempre han dicho que Juan Manuel Santos se preparó desde infante para ser presidente de Colombia. Ahora según dicen quiere ser Secretario General de las Naciones Unidas. El país tiene que apoyarlo, un gran impostor debe dirigir la más prestigiosa impostura del planeta.

Juan Manuel Santos es una ficha demasiado maleable, un repuesto tan útil que resulta dudoso, un político tan versátil, o sea tan antojadizo, novelero e incierto, que es imposible no verlo siempre siguiendo un libreto escrito por él y sus ambiciones. Está bien, eso podría decirse de todos los políticos. Pero Santos ha usado tanta utilería, ha cambiado tanto de bando y de tono y de sombrero y de discurso que evoca siempre a un estratega algo cínico o a un esquizofrénico. ¿Cómo diablos será el Presidente de Colombia en el trasfondo, oculto todavía por el telón que lo separa de nuestros ojos de espectadores, un minuto antes de que su edecán de turno le indique que es hora de enfrentar al mundo?

Lo he visto vestido de marinerito en su primera juventud como cadete, de periodista combativo contra el Chavismo incipiente, de economista de cartones y postín al frente del Ministerio de Comercio Exterior recién creado por Cesar Gaviria, de conspirador contra Samper en compañía de Víctor Carranza, de guerrero del Uribismo, frente a la tropa, imitando los aspavientos de su jefe de entonces; y se vistió de hombre de paz y reconciliación, con una corbata azul Naciones Unidas, para la firma de la Ley de Víctimas en compañía de Ban Ki-Moon, y de turista multicultural en la Sierra Nevada para abrazar a los Mamos desdentados. Ah, y se me olvidaba que como conocedor de todas las haciendas, incluida la pública, también fungió como ministro del ramo. Pastrana era el Presidente y se seguro que se detestaban como dos niños biencriados y vanidosos.

Pero Santos tenía una virtud, es necesario reconocerlo: nunca se había disfrazado de candidato. La única votación la había ganado en el Congreso del 8.000 donde fue elegido como Designado, un cargo público que era apenas una dig-

nidad, una medalla dudosa a la espera de la desgracia dudosa. Sobre decir que sus estrategias de campaña parlamentaria terminaron en la cárcel por haber recibido plata desde Cali. Hasta las elecciones de Junio de 2010 sus papeles se interpretaban en las oficinas públicas, el teatro sabanero, el emporio familiar y la cháchara de las relaciones multilaterales. Su llegada a la gresca electoral supuso el comienzo de sus desvelos: era más gago y más torpe de lo que mostraba la hoja de vida, tenía peores amistades de lo que creían los amigos del Gun Club y no logró soltar una idea propia durante toda la campaña. No solo quedó la impresión de que era un actor, era una especie de muñeco con algunos defectos de articulación. Uribe jalaba las cuerdas y la marioneta se enredaba. Pero su rival, un ventrílocuo de sí mismo, se enredaba más y todo terminó como ya sabemos.

En la presidencia las cosas no han marchado mucho mejor. Santos está más envarado que nunca, aunque logra reirse de vez en cuando y demuestra que le encanta ser protagonista. Hace poco un holograma suyo presidió el Simposio Mundial de Reguladores en Armenia. Los asistentes no sabían si reirse de la pequeña farsa o del pequeño farsante. Un poco antes había impostado su alegría por un triunfo de la selección Colombia con un pueblo del Cauca destruido a sus espaldas. Cree que puede ser el Mandela de *Invictus*, incluso organizó una sesión con jugadores y cuerpo técnico para ver la película. De verdad falta autocrítica: alguien debió sugerirle *El discurso del Rey*.

La gente que vive con paciencia y disfruta con parsimonia es gente que sabe, es gente de CONFIAR

Porque el futuro es confiar

Línea Confiable: 444 10 20 Medellín
www.confiar.coop

RESTAURANTE
Truchas y algo menos
del Eslabón

Cordoba
Calle 53 No. 42-55
Medellín-Colombia
Tel. 239 3400
yolimagia2000@yahoo.com

★ Menú ejecutivo \$12.000
Trucha a la plancha o apanada de 250 grs, acompañada de consomé, arroz con coco, patacón, ensalada, bebida y postre...

Abierto domingo a domingo
de 11:30 a 3:30, domingos de 11:30 a 5:00

UN APÓSTOL CERVECERO
SABE APRECIAR UN BUEN PAR

Por eso si cuentas con unas buenas copas convida a un Apóstol, él las apreciará con la vista, el tacto, el olfato y con mucho gusto.

TIPO WEIZEN TIPO HELLES TIPO MARZEN TIPO DUBBEL TIPO BOCK

Inducerv
www.apostol.com.co

Disfrute con moderación. Prohibase la venta a menores de edad.
EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD

En Grecia están los verdaderos indignados. No reclaman por la codicia de los bancos ni por tacañería del Estado. No citan a mesas informativas ni proponen reformas ni limpian los estragos de los borrachos. Saben que su país está en quiebra. Sería una crueldad decir que está en ruinas. Europa, la madre alcahueta de los últimos años, ya no puede sostener más a sus hijos calaveras. Entregamos dos versiones de la misma Grecia: la fría y cruel del economista; la histórica y comprensiva del visitante de un imperio en las desgracias del presente.

Salir de Grecia

Silvio Bolaño Robledo . Ilustración Lyda Estrada

Legué a Atenas a las cinco de la mañana. Me acompañan un vago y tres perros callejeros. Afrodita a mi derecha, al frente la montaña de piedras de la Acrópolis y sobre nosotros la constelación de Orión. Es la Plaza Monasteraki. La vista de los templos paganos fuera más bella si no me los tapara una mezquita, pero entonces yo no estaría sentado en este muro que rodea a una deprimida iglesia bizantina. Durante la ocupación de cuatro siglos estuvo prohibido construir iglesias que sobrepasaran la cintura de un caballero otomano montado en su corcel —me lo explicó María—. Así funcionan las órdenes sagradas. Con una mano escribo, con la otra paso las páginas de la tragedia de *Prometeo Encadenado* y dibujo el Pártenon. El acento en griego es Pártenon. Esencia de aire campestre, olor a leña.

El viaje fue agotador: estrechez, paradas, polizontes. Anoche eran montañas de basura en la estación Neos Siderodromikós de Salónica, a la espera. Los trabajadores llevan un par de semanas en huelga. Me bajé del metro para caminar por Sintagma, frente al Parlamento que sale en las noticias cuando hay protestas. Jazmín de noche en el marco de la plaza. Y dos soldados con trajes de falda, penacho y espada, como los próceres de los parques, pero ya sin bigotes. Los trajes recuerdan que existe una identidad, pero también una herencia compartida. Salónica o Tesalónica, capital de la región de Macedonia, pasó a ser parte del Reino de Grecia tras las guerras balcánicas (1912). Esta ciudad ha asistido durante un siglo al Imperio Otomano, la Monarquía, la invasión nazi, la democracia y la eurozona. Su región limita al norte con la Antigua República Yugoslava de Macedonia, con la cual mantiene un litigio por el uso de sus símbolos. La identidad y el derecho están en medio de la disputa por el nombre de la tierra de Alejandro Magno. El nacionalismo no es un mito en esta zona montañosa que la imaginación europea ha llamado península balcánica. Serbia, Albania y Bulgaria son los otros vecinos. Y al Oriente Estambul. Desde hace diez meses fueron cancelados los trenes al exterior, como una de las medidas de austeridad ante la crisis económica. Quizás nos encontremos en el futuro, y la belleza consista en ver una locomotora en movimiento —como canta Luis Alberto Spinetta—.

María me dijo que para hoy está programada una manifestación en contra del poder que conserva la iglesia ortodoxa en el estado, pero que no se tornará violenta. Los padres ortodoxos ca-



minan como pájaros noctámbulos, en bandada o solos, mezcla entre magos y frailes, con sus largas barbas blancas, colas de caballo, bastones y cinturones místicos. A ellos les es permitido tener esposa e hijos, sólo de haberse casado antes de hacerse monjes. En unas pocas casas aún pueden verse izadas las banderas del Rey de Grecia; mientras el blason del águila bicéfala de Bizancio mira hacia Oriente y Occidente en los templos. Ya hay más banderas del Paok, del Aris y de Panathinaikós. El Imperio Bizantino duró más de mil años, y el nombre de su capital, Estambul, viene de la expresión griega: *“Es tin Poli – A la ciudad”*, —también me lo explicó María, cuya familia fuera expulsada de Turquía, entre más de un millón de helenos, tras dos mil quinientos años de presencia en el Asia Menor. Los griegos eran un pueblo de navegantes que hacían colonias, dice la primera lección de historia clásica. Todos sueñan con un puerto, una isla. Y recuerdan. Mi amiga cuenta que durante la segunda guerra mundial, los nazis deportaron y masacraron a la comunidad judía de Tesalónica. Luego la represión se volcó sobre los intelectuales y la izquierda. La República Helénica no fue lograda si no hasta 1974, gracias a un referendo popular. La conciencia de su agitada historia ha conducido a los griegos a la resistencia civil desde hace décadas. En sus argumentos se percibe la soberbia del titán que, encadenado por orden de Zeus, grita la verdad para irritarlo. Es normal, por ejemplo, escuchar en las discusiones que Gre-

cia es el único país de Europa al que Alemania no pagó por los perjuicios de la segunda guerra mundial —hasta a Turquía—. Y añade María que si algo tienen los helenos es que han sido generosos. Al bajar por el empedrado de la calle de Ermou pensé en La Playa con Junín. Luego llegué a Monasteraki, frente al Pártenon. —¿Hace cuánto estuve aquí? ¿Hace cuánto me esperabas?

He caminado por el barrio de Plaka, bajo la Acrópolis. Campanarios agitados, uno tras otro, y ronquido de motores. Las señoras a la iglesia los niños a la escuela y tiendas de souvenirs junto a las ruinas de la Librería de Adriano. Bandadas de turistas y palomas neuróticas abren los restaurantes. En una banca frente al Ágora Romano desayuno un pastel de espinaca y queso, que acá llamaremos *spanacotyropita*. Me asombra que usen espinacas y varias hierbas silvestres en tantos platos populares. La cocina helénica es femenina y herbolaria, cada vianda tiene historia y algoritmos inexplorables en su preparación, como fórmulas de alquimista. Mañanas que logran sabores como el de las dolmas: envueltos de hojas de parra, propios de la comida balcánica. O el de la Retina, vino de apariencia dorado y destilado con resina de pino desde hace más de dos mil años, con designación de origen. El Ouzo, bebida fermentada de uvas y anís, cuyo aspecto es similar al aguardiente, pero de gusto más dulce. O el tzatziki, una salsa hecha con yogurt, pe-

pino y esencias, que puede acompañar cualquier plato o comerse sola, como el queso feta. Según María, Mac Donalds no funciona en la Hélade como en el resto de Europa porque, aparte de querer productos frescos, a los griegos les gusta comer papitas fritas en aceite de oliva. Esto es y no es una ironía. Los giros y las pitas —compartidos con la cocina turca, como tantas otras cosas— son la primera opción en comida rápida. El pobre casi siempre es cortesía de la casa. Y usted ve a las gentes sentadas a la mesa, durante varias horas, hablar de política, fumar y tomar un denso café griego, que llamaremos café turco en Estambul.

Montañas de basura y turistas. Los griegos discuten sobre política y se agitan. Sus argumentos recuerdan la época de progreso que vivió la nación a finales del siglo XX, a la cual deben derechos como el que la educación sea gratuita desde la primaria hasta el doctorado, tanto como los libros de texto. El restaurante de la Universidad Aristóteles de Salónica, de 70 mil personas, también es gratis. Durante estos siete meses he sido descreetado en una ciudadanía que ejerce su condición de manera activa. Es la huelga. Los perros y los gatos esparcen las montañas de inmundicia por las calles. Pañales, revistas, tijeras, peluches, mortecina. Algunos hombres buscan cosas allí. Hay jóvenes y viejos. No son inmigrantes. Luego vienen los vándalos y chamuscan las canecas. —¿Cómo controlar la rabia de ochenta mil personas? NO todos son anarquistas —dice María—, hay guardias de la se-



Otros centros



guridad nacional entre la gente, infiltrados. —¿Es necesaria la policía para que exista una violencia de hecho que colme la frustración colectiva? He visto filas de manifestantes encabezadas por madres y abuelos que no olvidan qué es lo que está pasando, ni cómo se reclaman los derechos. No son anarquistas, es la democracia que aúlla como los perros callejeros frente a los escuadrones de robocops de la polis ateniense.

Ramón Irigoyen, el traductor al español de esta versión de la tragedia de Esquilo de *Prometeo encadenado*, crítica a la academia europea por habernos enseñado a pronunciar la lengua helénica de la manera erasmiana, o sea contraria a la pronunciación de los propios griegos. María, estudiante de filología, afirma que no sólo se han apropiado de esto. He entrado al Museo de la Acrópolis dos veces y ahora estoy en la cafetería del Museo Nacional de Antropología. Los tiquetes han sido gratis porque soy estudiante. Solo conté dos estatuas con nariz, el resto han sido mutiladas. El paso demoledor de la brutalidad cristiana e islámica sobre la belleza de Atenas es más escandaloso que el tiempo que me separa de su esplendor. Me impresiono al imaginar estas estatuas perfectas, y el brillo de sus colores. He visto ángeles anteriores a los que grabaran los etruscos, cruces macedonias, mosaicos con las flores de Eleusis, vergas aladas. Secretos de Keops en los rincones de los templos. Y el baile de la musa pánica en las fuentes y los plátanos. Las maquetas de cómo ha cambiado la Acrópolis desde hace 2000 años demuestran que estamos en su época más oscura. Lo que mejor quedó se lo llevaron los ingleses cuando ayudaron a independizar al país, y está exhibido en el Museo Británico —aclara ella.

En la cafetería del Museo miro un mosaico de Atenea: tiene cuatro flores en forma de corazón en las esquinas. La diosa de ojos de lechuza, la de mirada de vaca. El arte reivindica la experiencia de la eternidad en el instante en que el placer del presente se evapora. Pienso en lo que decía María sobre la generosidad. Ella, que va a emigrar con el novio a otro país de Europa. Al fin y al cabo hablamos de puertos y de islas. Al fin y al cabo siempre estuvimos en movimiento. Tomo una cerveza Mythos, parece que va a llover. Debo ir al hotel. Nadie quiere salir de Grecia. En el cielo alumbra el planeta que acá llamamos Afrodita. ☪

A María Chrysopoulou.

Crisis griega en 10 puntos

Alejandro Gaviria



1. Todas las crisis económicas tienen una explicación sencilla. Bastan unas cuantas palabras para resumir la causa primigenia: “un país se cree mucho más rico de lo que es”. La ilusión de prosperidad lleva a los gobiernos y a la gente a gastar más plata. Pero no sólo eso: lleva también a los bancos y a los inversionistas a financiar los sueños públicos y privados. La fórmula es simple: crisis=exceso de entusiasmo financiado.
2. Pero los griegos tenían varias peculiaridades. Primero, una economía poco competitiva, rezagada, sin sectores de talla mundial. Segundo, un sistema político clientelista, irresponsable, que prometió por décadas los incumplibles. Y peor, quiso cumplirlo.
3. Un humorista norteamericano resumió la tragedia griega de manera brutal. La contribución al mundo de la Grecia antigua fue la filosofía. La contribución al mundo de la Grecia actual ha sido la *Greek salad*.
4. Grecia pudo financiar sus excesos por dos razones: porque contó con los fondos europeos de asistencia (plata regalada) y porque pudo endeudarse, engañosamente, al mismo costo que Alemania (plata barata). Los inversionistas europeos creyeron, por algún tiempo, en la convergencia, en la idea de que las economías europeas eran iguales. Pero Grecia, ya lo sabemos, no es Alemania.
5. (Paréntesis: muchas crisis son precedidas de éxitos deportivos que alimentan el entusiasmo generalizado: la crisis colombiana ocurrió 5 años después del 5 a 0, la crisis griega cinco años después del título de la Eurocopa).
6. Con la crisis internacional, la realidad griega salió a flote. Ocurrió la profecía autocumplida de todas las crisis: los inversionistas empezaron a dudar de la capacidad de Grecia de pagar sus deudas, el pesimismo incrementó el costo de financiamiento y el mayor costo hizo efectivamente impagables las deudas. La expectativa de quiebra lleva a la quiebra.
7. En algunos casos, como en Irlanda, los bancos quiebran al Estado; en otros, como en Grecia, pasa lo opuesto: el Estado quiebra a los bancos. Los bancos que financiaron los excesos estatales tendrán que asumir buen aparte de la quiebra. Hasta 60% según muchos cálculos.
8. La crisis estatal lleva entonces a una crisis financiera que lleva, a su vez, a una crisis económica que ahonda la crisis estatal, la financiera y la económica. Ese es el espiral griego.
9. ¿Cómo se salió de allí? Sencillo: como lo hizo Argentina en 2001. Devaluando la moneda (Argentina convirtió las deudas en dólares, en deudas en pesos que valían cuatro veces menos). Renegociando a la fuerza con los acreedores (o simplemente no pagando). Y aprovechado la devaluación y la motilada de la deuda para exportar más y gastar más.
10. Pero Grecia no puede devaluar (el dracma duerme el sueño de los justos) y tampoco puede gastar más (tiene que seguir sirviendo sus deudas). Ha optado, entonces, por una estrategia distinta: endeudarse aún más y prometer un ajuste imposible en las finanzas del Estado. Los europeos siguen dándole plata a Grecia con la ilusión de que los mismos políticos que quebraron al país logren poner la casa en orden. Pero todavía no ha aparecido la versión griega de Alán García.

Coda: la ilusión de prosperidad que dio origen a la crisis ha dado lugar a la ilusión del ajuste. Una utopía se cambió por otra. El futuro griego luce complicado. “Tienen muchas islas para vender”, dijo recientemente un analista inglés.



Fernando Mora Meléndez. Fotografías del autor

San Antonio de los Baños fue a comienzos del siglo veinte un lugar de romerías y paseos, gracias al supuesto poder curativo de las aguas del río Ariguanabo. Lo habían fundado con otro nombre uno inmigrante canario, cuando Cuba era todavía una colonia española. Luego, ese poblado dio a luz a dos célebres cómicos, Abela y De la Nuez, que se atrevieron a criticar a Machado y a Batista, los primeros y únicos dictadores que la historia oficial reconoce. La aldea desde entonces se hizo llamar Capital del Humor.

Más tarde, atraídos por ese pueblo de risa, llegaron Fernando Birri y otros iluminados a fundar una escuela de cine que desde el inicio tuvo el rotulo de internacional. Fue curioso que en 1986, mientras el país pugnaba por resolver su desaliento económico debido a que había renegado del Tío Sam, también pensara en fundar allí un pequeño Hollywood. Esto era como decir que la ficción del Séptimo Arte podría redimir la verdad del Tercer Mundo. De todo hay en la viña del señor Marx, hay que decirlo, y por eso la Escuela hizo su estreno con alfombra roja.

Pronto llegaron a la isla celebridades como Robert Redford o Francis Ford Coppola; querían darle una mano a la moviola, de modo que algún día se vieran por el mundo otra clase de películas, sin el sabor precocido de la comida rápida y los platos desechables del sueño americano.

Con esa pequeña ayuda de los amigos empezaron a verse más cintas de habla cubana y latina en los festivales. En el 95 una de ellas, Fresa y Chocolate, había sido nominada, en la propia boca del lobo, como mejor película extranjera. El tío Oscar al final no llegó, pero los actores se cotizaron en el exterior, casi como cualquier futbolista criollo, incluido el propio guionista: Senel Paz.

Precedida de estas glorias, San Antonio de los Baños se convirtió en una cinegoga adonde cientos de iniciados viajaban con la ilusión de ver filmados sus sueños.

Ahí estaban los postulantes: Hugo, un exiliado chileno, radicado en Viena; Alcira, una valenciana rubia; Fabio, un publicista porteño; Marco, un diseñador brasileño y otros más del reparto; incluido Adrián Valdez, un becario nativo que ayudaba en la tramoya.

Por ventura no hacía calor en el bloque de arquitectura soviética donde nos

recibió el primer día de clase el propio Senel, guionista de la ya mencionada cinta.

—Les tengo una buena noticia —nos dijo— parece que hay papel.

No estaba haciendo alusión a algún actor que acabara de conseguir para su próxima película; sólo hablaba del extracto de celulosa que sirve para escribir guiones. Quería saber de dónde veníamos y cuál era el cuento que queríamos contar en el papel.

Marco Simoes, triguero, de acento carioca, no pudo contener el ansia que tenía de hablar de primero sobre su ópera prima. Dijo que quería narrar con imágenes la vida de Santos Dumont porque la humanidad entera tenía una deuda con el brasileño, quien era el verdadero inventor del avión y no los hermanos Wright, como nos habían hecho creer desde la escuela. Senel le preguntó si ya tenía algo escrito. “Está listo, contestó Simoes, sólo falta traducirlo al español”.

El maestro entonces se fijó en Alcira. —La verdad es que tengo ya una idea. Quisiera hablar de una monja a la que contagian de sida, pero el hecho aún no me parece tan fuerte, quiero decir dramático. Creo que le deben pasar más cosas...

Senel acotó: —¿Tener sida no te parece dramático? —No la verdad, no sé...

El cubano cortó por lo sano y dio la palabra al porteño. Fabio habló de una adolescente ciega y mu y bella a la que un profesor de música particular, muy particular, va seduciendo poco a poco, sin que los padres sospechen nada.

—Le tengo el título —dije, presa de mi impertinencia— se llama “La” menor. Al argentino no le hizo ninguna gracia mi aporte; antes bien nos dejó en ascuas sobre el posible final.

Hugo, el exiliado, pasó a decirnos que no le parecía ya sensato rebajar el cine a una vulgar trama. Quería hacer una película sin historia y que justamente comoviera por ese hecho. Le había mandado una sinopsis a un productor austriaco, pero como no obtuvo respuesta, decidió viajar a San Antonio para resolver lo que faltaba.

—¿Cómo se llama tu película?, quiso saber Senel Paz. —“Nadie nada nunca”—dijo Hugo, con orgullo. —Se explica por qué no la hayan tenido en cuenta...

El comentario de Paz dejó un silencio muy duro de remontar. Y no sé de dónde saqué aire para hablar sobre la idea que me rondaba por esos días. Dije que quería

hacer un cortometraje que ocurriera todo dentro de un taxi, para variar... Un personaje, enrumbado en algún tablado de la Feria de las Flores, lejos de casa, se había quedado con sólo tres mil pesos para regresar. Había cogido el carro y tenía planeado bajarse de éste cuando el taxímetro marcara esa cifra. Dicho y hecho, el aparato marcó los tres mil en mitad del puente de San Juan y el conductor se negó a dejar al pasajero en ese lugar porque suponía que se iba a suicidar.

—¿Cómo termina el corto?—preguntó el maestro, con cara de haber oído ya todas las historias desde el Génesis.

—El taxista comienza a dar vueltas con el tipo tratando de convencerlo de que no se mate, pero el pasajero cree que el otro lo va a colgar. Al final se aclaró todo y el taxista lleva al hombre a su casa.

—¿De causalidad esa película no se llama “Qué bello es vivir”?

—No, dije, ofendido por el escarmiento que me propinaba.

Sin más comentarios, Senel pasó a explicar cómo había preparado su Fresa y Chocolate, de modo que pudiéramos entender el entripado que se necesitaba para darle vida a los seres de papel. La mayoría de sus ejemplos se referían a películas norteamericanas. Era devoto de un gurú gringo del guión llamado Syd Field, más venerado en esta escuela que el propio Lenin.

Alguno debió preguntarle sobre las dificultades de hacer cine en la Isla. “Este es un país de contrastes, nos dijo, aquí en cualquier hospital te cambian el corazón, pero no puedes llamar por teléfono”. En alguna ocasión le habían dicho: “Senel, necesitamos que escribas un guión, pero debe ser una película donde no se necesite ni telas ni gasolina”. Hasta ese entonces siempre había creído que las contradicciones sólo existían en el mundo capitalista y aquello fue como perder la virginidad.

Mientras aguardábamos el fin de semana para visitar La Habana, que algunos apenas conocíamos por los relatos de G Caín, prestábamos películas de Kavalierovich y Zanussi, directores de Europa del Este imposibles de ver en ninguna parte; jugábamos ping-pong o íbamos a dar vueltas por la piscina con una cerveza en la mano. En torno a la Escuela se extiende una enorme planicie de sembrados de sorgo y maíz cuyo susurro apenas se interrumpe por la llegada de una Van con una pandilla de estudiantes ebrios que gritan obscenidades en tres lenguas

y luego se escabullen a sus cuartos en fiestas más íntimas. Estas latitudes son propicias para desfogar y muchos han llegado con la excusa de estudiar cine y pasar unas vacaciones a todo dar, en pesos cubanos.

Marco Simoes, que andaba a trompicones con un enorme computador que había traído de Río para hacer sus tareas, pues había escuchado que acá se sufría por equipos, nos leía pedazos del guión sobre Santos Dumont; Fabio cebaba mate y despoticaba sobre la burocracia del país; Alcira, la valenciana, quería comerse un plato de pulpo, pero solo encontraba tomate y boniato; Hugo, exiliado en Viena, se explayaba describiendo los encantos de las nativas; Adrián Valdez, el tramoyista, quería invitarnos a un café en su casa para que viéramos sus pinturas.

El primer sábado de descanso, aprovechamos la guagua que sale de la escuela hacia La Habana, a dos horas de camino. El carro andaba con tanta parsimonia que Valdez tuvo tiempo de contarme su romance con una bogotana llamada Verónica. Me aseguró que el rollo con ella había ido en serio, no por interés, aunque ésta le había prometido ayudarlo a salir de la isla. Aún después de un año de silencio seguía esperando noticias.

Apenas le señalé por la ventanilla un edificio que me pareció curioso me comentó: “Ese es un edificio de la época en que había presidentes”. Y apunte tras apunte el isleño se convertía en una especie de cicerone al revés, con una versión desencantada del paisaje.

El mar saltaba sobre la calle del malecón y pegaba en las casas como buscando la costa que le arrebataron, tal cual lo describía G Caín en novelas que, luego supe, sólo uno que otro podía leer en circulación clandestina.

Camino de la ciudad vieja, unas cuadras más allá, en dirección al Museo de la Revolución, no cesaron de abordarnos rebuscadores con los más variados señuelos: un hombre vendía un billete firmado por el Che Guevara, de cuando éste era el ministro de economía; una mulata quería oír música en mi equipo portátil que ella llamaba “la guokman”, mientras preguntaba la hora y nuestros planes para esa noche. Pero de otro portal oscuro saltaba un isleño que quería cambiar ron por la camiseta que yo llevaba puesta. Nos siguió el paso un trecho largo diciendo “Bob Marley is my god” y daba la casualidad de que ese día, sin que yo fuera un fanático suyo, llevaba



impreso en el pecho al Rey de los rastas. Por todo el camino esa frase: “Te cambio el pulóver”, se convirtió en una letanía del peor de los reggaes.

Sólo estuvimos a salvo en la entrada del Museo. Allí nos detuvimos frente a la enorme vidriera, tras la cual reposa, en un pedestal, el Granma: un fetiche revolucionario, el bote de pesca blanco en el que desembarcaron los ochenta insurgentes que se tomaron el poder en el 58. Aombra que todos ellos hayan cabido, con sus armas, en una sola ganga, igual de hacinados que los ciudadanos cubanos en una guagua en horas pico. El turista toma su foto porque, chico, esto no es un bote cualquiera, y Fidel tenía sus cojones.

Después del barquito de los barbulos pudimos ver una fatigosa colección de cuchillos, espejuelos, uniformes y fotografías de la saga comunista. De pronto, uno se encuentra con un par de zapatillas apollilladas y cuando se acerca a la ficha se da cuenta de que eran de una líder asesinada. Son objetos funestos que parecen decirnos, sotto voce, que para imponer ideas siempre hubiera que derramar mucha sangre. A veces una cosa diminuta nos produce una emoción perdurable, como esas gafas de Schubert que hicieron brotar una lágrima en un museo de Viena a León de Greiff. A mí me conmovió la bombita de asmático que llevaba el Che en el bolsillo, para darse aire cuando lo perdía en su campaña por la Sierra Maestra. Cerca de allí también estaba la pistola con incrustaciones de zafiros y rubíes, ya oxidada, todo un juguete roció de Batista, el tirano derrocado.

Peró nada de lo visto supera a la escena de guerra con las estatuas en cera, al natural, de los tres santos de la Revolución: Castro, Guevara y Cienfuegos, en un paraje de montaña, en pleno fragor de la batalla, rubicundos y sudorosos, extasiados ante una victoria inminente. Para exagerar el realismo de martirologio de un paso de Semana Santa, se escucha de fondo la voz del comandante Guevara. Un visitante alemán graba el sonido y toma una foto de la máquina de escribir en la que Hubert Mattos escribió el célebre reportaje a Castro desde la selva, que ayudaría a consolidar el triunfo de un movimiento y el inicio de un mito.

Para bajarle grados al fervor patriótico basta mirar las fotos de La Habana cuando se suponía que ésta era apenas el patio de juergas de los gringos. El régimen exhibe, como un oprobio, fotografías de prostitutas en las calles durante los años cuarenta de la era capitalista; pero lo único que ha cambiado ahora son las ropas de época. Las jineteras de hoy, a pocas cuadras del museo, lucen atuendos tipo *vintage*.

Fue curioso que a la salida justamente nos encontramos a Hugo, el exiliado. Nos contó que había cambiado el tema de su película. Ahora iba a escribir sobre el romance entre una muchacha cubana y un chileno para mostrar la desazón de una lucha fallida por la que habían dado la vida tantos amigos suyos.

Hugo vivía con una anciana en Austria, había empezado como profesor de español suyo y ahora, después de que los médicos la desahuciaran y se entregara de tiempo completo al coñac; él esperaba heredar una fortuna que le permitiera filmar sus cuentos. Ahora nos estaba invitando a almorzar. Ya había un niño guía a su lado para llevarnos a uno de los locales clandestinos que los cubanos llaman “la paladar”.

La travesía nos condujo por un laberinto de falansterios hasta un comedor



limpio y hogareño, con aroma ambiental de vainilla, servilletas y hasta coca-cola del mercado negro. Con el aderezo de los placeres furtivos, almorzar podía ser tan emocionante como conspirar. La mujer nos recitaba el menú como un son antillano donde había langosta, caracoles, pollo frito, moros y cristianos. Sucede en estos sitios que la dueña te ofrece un desayuno continental, pero luego de un rato regresa diciendo: “Me da lástima decirles que la leche se nos terminó, podemos traer algo de jugo, ah... y sólo hay dos huevos, ¿eh?... Tú sabes, chico, que en este momento la cosa no es fácil.”

Para montar un paladar se necesita la unión de muchos que tengan capacidad de negociar los productos en el comercio ilegal, so pena de sufrir multas imposibles de pagar o ir a la cárcel.

Mientras esperábamos el pedido y Hugo nos contaba los últimos chismes de la Escuela, nos dimos cuenta de que en este restaurante eran el yerno y el suegro quienes cocinaban, mientras la suegra y la hija atendían a los extranjeros. Esta vez las viandas llegaron completas y magníficas. Entre el bajativo y las propinas, la casera nos ofreció un viaje a San Francisco de Paula para conocer la casa de Hemingway. La tarifa era razonable. “Vayan, nos dijo, para que vean cómo vivía de bueno el gringo ese. Yo lo leía mucho en el malecón, cuando era joven y bella.”

A las seis, cuando una algarabía de pájaros viene a colmar el silencio de los parques, fuimos en un taxi a la casa de Adrián Valdez, en el sector de Centro Habana. Por alguna de esas calles de postal antigua comprendí por qué Carpentier había llamado a este puerto La Ciudad de las Columnas. Eran tantas que, aún a la velocidad de un carro cubano, uno tiene la sensación mareante de una hilera de árboles. En varias de esas paredes de colores terrosos se leían grafitis corregidos con tachaduras por los CDR o Comités de Defensa de la Revolución que existen en cada manzana. Donde antes decía “Fidel asesino”, dijo Valdez, ahora dice: “Fidel así sí”. Era maravilloso el ingenio de los corregidores.

Cuando Hugo y yo entramos a casa de Adrián, un caserón modesto del siglo XIX, de paredes altísimas y olor de hace tiempos, nos sorprendimos por la profusión de libros, las bellas ediciones cubanas de los clásicos, ejemplares en papel de arroz y una diversidad de autores de culto como Salinger, Henry Miller, Bukowski o Dylan Thomas, que no pensábamos que se leyeran en Cuba. Pero bien se ha dicho que el complejo insular hace que en ninguna otra parte se tenga tanto interés por ser cosmopolita como en una isla. Adrián nos contó que había cambia-

do una enciclopedia de música por las obras completas de Shakespeare, con las que pensaba aprender inglés y viajar a Canadá donde estaba su padre.

Ante la curiosidad inicial por su casa, no nos habíamos dado cuenta de que Adrián había encontrado en el piso una carta de Verónica. En un primer momento no quiso abrirla, pero todavía le temblaban los dedos cuando la ponía en la mesa de su estudio. Trajo una jarra de agua helada y nos ofreció cigarrillos Popular, un tabaco áspero, sin filtro. Luego pasó a mostrarnos sus dibujos, bocetos de criaturas amorfas, al carboncillo sobre papel kraft, que hacían parte de una obra en gran formato que planeaba pintar algún día en un mural como los del edificio de Naciones Unidas. También nos mostró un largo panfleto titulado: “A la sombra del caudillo” en el que mezclaba argumentos con parodias de consignas del Partido, como ese de “Proletarios de todos los países uníos, último llamado”, o aquella otra de: “La revolución nos ha dado educación, nos ha dado salud, nos ha dado cultura. Lo único que no nos ha dado la revolución es desayuno, almuerzo y comida.”

Hugo le insinuó que abriera la carta y antes de conocer las noticias lo adivinábamos en las expresiones del rostro. Verónica le decía que había pasado unas noches insuperables al lado suyo, pero que en este momento su vida había cambiado de libreto y ya Valdez no estaba en el reparto.

Pese a los informes, Adrián no se abatió. Ante la pregunta del chileno sobre por qué no se caía el régimen, comentó que la pregunta debería ser

por qué no se hace más fuerte: “Todo funciona como un motor viejo que parece obsoleto, pero no se puede parar. Es muy difícil que millones de personas dejen de hacer lo que hacen de un momento a otro”. Nadie quiere más revoluciones ni donar más sangre a otra guerra como la de Angola, en la que una mujer, por ejemplo, perdió a toda su familia en combate y ahora vagaba, loca de remate, por las calles de La Habana.

La conversación se extendió hasta la madrugada, cuando nos acordamos de que debíamos estar temprano en L y 23, cerca de la Heladería Copepla, para coger la guagua de regreso a la Escuela.

A las primeras luces, Adrián nos despertó para ofrecernos un pedazo de pan ácimo y un residuo de café de la libreta de racionamiento. Me ilusioné ante la idea de probar el tinto de la mañana que es casi un sacramento. Sólo que el bueno de Adrián apenas tenía en un recipiente de plástico una cantidad equivalente y, sin exagerar, a tres dedos de bebida para tres. El anfitrión sirvió la ración de un centímetro para cada uno en vasos de latón como los que usan los vaqueros en las películas del Oeste. Luego, sin asomo de vergüenza, con la dura dignidad de los cubanos, partió el pan en tres pedazos, mientras me dijo:

—¿Sabe qué me gusta a mí, compadre?

—No tengo idea.

—La realidad virtual. ●





Fotografía Ramiro Posada

Ana Mejía Mac Master
MEMORIAS DE UNA CASA
INTERVENCIÓN PARA SITIO ESPECÍFICO

Este trabajo para *sitio específico* fue realizado en una casa del barrio Prado en Medellín.

Durante dos meses de convivencia con el espacio y su ocupante, una especie de último guardián de la madriguera familiar, se fue desarrollando una intervención a partir de las sombras y las huellas generadas por sus objetos y su arquitectura, haciendo sobre las paredes y el piso un "calco" sutil y casi fantasmagórico, resaltando la historia y la memoria de quienes durante más de 40 años marcaron una esquina entre dos árboles, entre Darién con Balboa.

Con alegre resignación el último inquilino original definía el casco blanco de su casa como las ruinas de Pompeya. El nuevo dueño ya intenta tapar ese eco que es a la vez mugre.

Arte central de **UC**
con el apoyo de

M
MUSEO
DE ARTE
MODERNO
MEDELLÍN - COLOMBIA

Constituyentes en helicóptero

Segunda parte de una historia desconocida de la Asamblea Nacional Constituyente, a 20 años de su proclamación. Exclusivo para Universo Centro.

Iván Marulanda

Era de madrugada. Navegábamos sobre la Amazonía el piloto del helicóptero, el silencioso joven alto, mono y de ojos claros —hombre de confianza del presidente Pérez de Venezuela— y yo. Lorenzo Muelas viajaba en otro helicóptero, quién sabe por dónde y hacia dónde. En nuestra nave buscábamos, desde las alturas, la “aguja en el pajar”: una sábana azul que ondeara en algún ojo de la selva infinita, tupida, imponente.

A las 4:45 a.m., la hora exacta venida, habíamos llegado Lorenzo y yo al hangar como dos diplomáticos ingleses, cada uno por su lado, yo en taxi y él en Jeep. “Buenos días Lorenzo”, “Buenos días Iván”, y nos sentamos sin más palabras en dos sillas verdes de plástico atornilladas a un tubo, las primeras que encontramos en el lugar. Hacía hielo, la neblina invadía las pistas del aeropuerto y se extendía hasta el enorme galpón donde, puede decirse, estábamos al aire libre. Lorenzo vestía sus atuendos tradicionales guambianos, y yo, pantalones y chaqueta de dril. Mirábamos al frente, a la nada, en silencio, a la espera de que algo sucediera. En pocas horas, nuestros colegas de la Asamblea Nacional Constituyente reanudarían las tareas sin nosotros, mientras cumplíamos esta misión en su nombre.

Estábamos así, elevados, cuando apareció el misterioso hombre de la cachucha. Me hizo una seña discreta para que me le acercara. Caminé tres metros hacia él y, sin más que un “hola” de ida y vuelta, puso en mis manos una hoja de cuaderno garabateada con el lápiz rojo de algún niño de kínder. El trazo infantil mostraba dos ríos que confluían para formar uno solo. Sobre las líneas en “Y” estaban los nombres de los afluentes y del río principal. “Vayan hasta esta desembocadura y sigan el curso del río hasta que encuentren una sábana azul. En ese punto baje. Cuando recorran a las personas diríjanse al aeropuerto de Flandes, donde deben estar a más tardar a las tres de la tarde.” Luego me pidió que lo siguiera. Diez pasos adelante estaba el piloto parado, mirando para el techo, también esperando a que algo sucediera. “Usted va con el capitán, doctor”, dijo el hombre de la cachucha, elevando un poco el volumen de la voz para que el piloto escuchara. Hasta ahí supe del personaje.

“Capitán, mucho gusto: Iván Marulanda”, dije al piloto y le extendí la mano. “Mucho gusto señor. Vamos”, respondió. Sin más protocolos lo seguí hacia la pista. “Usted dirá, doctor”, me dijo. Entonces le entregué nuestro “mapa” y le di las señas. Mientras caminábamos uno al lado del otro estudié el papel y a poco andar llegamos al aparato camuflado en la neblina, bajo el crepúsculo. Al pie estaba nuestro fantasma venezolano de ojos claros. “Encantado: Iván Marulanda”. “Qué tal, señor Marulanda... Vengo en representación del presidente Carlos Andrés Pérez. Estoy a sus órdenes”. “Gracias, ¡y para adentro!”. Invité a nuestro acompañante. Se sentó al fondo del largo asiento y yo me hice en el otro costado, al lado de la puerta. Sentado en su silla, adelante, el capitán sacó

sus libros de mapas, tomó notas a lápiz, cuadró los instrumentos y... ¡para arriba! Caí en cuenta de que no me había despedido de Lorenzo. No supe cuál sería su destino.

En el aire, después de volar buen rato sobre la selva, el piloto se dio vuelta y me dijo, señalando con su índice a la espesura: “La desembocadura”. Vi el encuentro de dos enormes ríos entre la espesura. Entonces, sin perder altura, remontamos el cauce del río principal y clavamos los ojos sobre el espacio de selva que alcanzábamos a cubrir con la vista. Escrutamos kilómetro a kilómetro, metro a metro, en busca de la sábana azul. Recorrimos largo trecho sin ver nada distinto al colchón infinito de copas simétricas de árboles milenarios, parecido a una descomunal coliflor verde. De pronto, el piloto detuvo la marcha del helicóptero y, suspendidos en el aire, se giró y me dijo: “Debajo está la señal”. “Listo, descendamos”, le respondí.

Nunca vi la famosa sábana. Presumo que los guerrilleros observaron que el aparato se detuvo y la recogieron. Descendimos lentamente, bamboleándonos como colgados de una manila. Impresionante ver las copas de los árboles a la altura de la vista. Escruté con mis ojos de asombro la espesura de la selva, el tamaño gigantesco de los árboles. Bajamos, bajamos, bajamos... despacio, despacio, despacio... Observaba desde mi ventanilla el espectáculo imponente, impresionante: iba montado en la burbuja de un inmenso helicóptero y nos sumergíamos en las entrañas de la selva más extraordinaria del planeta. Estaba absorto, casi sin respiración, concentrado en el escenario y en el momento, escuchando milímetro a milímetro lo que tenía delante de mis narices. Todo era verde: follaje y bejucos entrelazados entre los troncos y las ramas descomunales de los árboles. De pronto, cuando el aparato empezó a acomodar los patines para nuestro aterrizaje en el piso del claro abierto por las Farc, en las entrañas de la Amazonía, los vi. Agucé mi visión como quien ajusta los lentes de los binóculos: los vi nítidos, preciso cuando la máquina dio vuelta en la especie de danza que hace para asentarse. En el anillo de selva estaban camuflados, de pie, expectantes, centenas de guerrilleros y guerrilleras armados hasta los dientes. Parecían parte del paisaje: solo resaltaban sus caras, sus manos y el brillo de sus ojos curiosos; de resto, eran selva.

Bajó poco a poco la velocidad del rotor de la máquina y las aspas se detuvieron. En ese suspenso, caminé hacia nosotros un hombre alto y armado; su torso estaba cruzado por dos enormes cananas, a su espalda el fusil y al cinto la pistola. Se detuvo a 20 metros de nosotros y se quedó atento, parado en sus dos largas piernas abiertas en compás, la cabeza en alto. Detrás suyo venía una guerrillera que filmaba el acontecimiento. Concentré mis sentidos en este hombre... Me sorprendió: ¡claro, era él!, y comprendí que esperaba a que yo bajara para asegurarse de quién estaba allí. Abrí la puerta y descendí. Cuando puse pie en tierra y me incorporé, observé que se quitó uno a uno sus arreos de guerra, los entregó a la guerrillera cineasta y avan-



La Constituyente, óleo de Beatriz González (fragmento)

zó hacia mí en actitud relajada y amable. Nos encontramos con cierta emoción, la mano extendida. “Bienvenido, doctor Iván”, me dijo. “Hola Iván, gusto en saludarlo”, le contesté, sin salir del asombro: no sabía a quién encontraría en esa aventura y no había vuelto a saber nada de él.

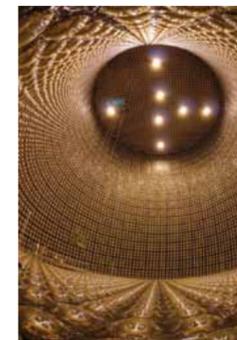
A Iván Márquez lo conocí en 1986, cuando fui Senador de la República. En el capitolio compartí tareas con los congresistas de la Unión Patriótica, y él era Representante a la Cámara, no sé bien por qué departamento, quizá por Caquetá. Estuvimos juntos en foros, y recuerdo en particular una mesa redonda en la Universidad de los Andes sobre la paz, que por aquella época era el tema preeminente en la agenda política nacional. A Luis Carlos Galán y a mí, compañeros en el Nuevo Liberalismo, nos interesaba sobremanera y era punto central en la agenda de la UP. Nos veíamos a menudo con ellos en distintos escenarios y todos los días en el propio parlamento, y casi siempre hablábamos de la paz. Aquellos fueron tiempos tenebrosos, en los que empezó el exterminio de las fuerzas progresistas del país. A dos compañeros senadores de la UP los asesinaron: Pedro Nel Jiménez, estupendo joven del departamento de Meta con quien compartía asiento en la Comisión VII, y Pedro Luis Valencia, médico elegido como yo por Antioquia y egresado de la Universidad de Antioquia, en donde estudié economía. En ese mismo período mataron a Galán. De la bancada de la Unión Patriótica hacían parte varios miembros desmovilizados de las Farc, entre ellos Iván Márquez, quien siempre me llamó la atención por su juventud, su textura enclenque, su timidez, el color verdoso de su piel —piel de monte— y el color amarillo de sus ojos —ojos de monte— que nadaban detrás de gafas de

nácar con lupas. También por la fuerza de sus convicciones políticas y su inteligencia. Hablaba poco y directo. No supe en qué momento evadió la matanza y regresó al monte; lo cierto fue que salvó su vida y estaba ahí, delante de mí, fuerte y rozagante. Compañeros suyos de bancada en la Cámara de Representantes, como Bernardo Jaramillo, fueron asesinados.

“Gracias por venir por nosotros, doctor Iván. Acompañeme por favor, vamos a llamar al comandante Manuel Marulanda que quiere expresarle personalmente la gratitud de las Farc”, me dijo, mientras caminábamos hacia la espesura. Los guerrilleros nos rodearon. “Buenos días”, les dije; “Buenos días”, contestaron en coro. Eran, creo, mitad hombres y mitad mujeres, y no pocos parecían jóvenes de ciudad. Mientras tanto pasó de largo, como Pedro por su casa, un campesino que arriaba su mula cargada de leña y en la que iba encaramado un niño. Un guerrillero gigante, que cargaba en la espalda una planta eléctrica, la descargó y la puso a funcionar conectada al radioteléfono. Intentaron comunicarse varias veces con Tirofijo, pero no entró la llamada. Era hora de marchar: “Alfonso Cano nos espera en otro lugar”, dijo Iván Márquez para mi sorpresa. Un guía subiría con nosotros al helicóptero, luego regresaríamos al sitio con él. Esta etapa imprevista nos obligaba a salir cuanto antes, y partimos con nuestro guía guerrillero a bordo... Ese viaje será otra crónica, si los directores del periódico nos dan espacio para contarla. ☘

Antimateria

Ahora resulta que la teoría de la relatividad, también es relativa



Según un experimento que podría derrumbar todo el edificio teórico construido por la física en los últimos cien años, los neutrinos viajan más rápido que la luz.

Desde su concepción teórica en 1930 hasta hoy, cuando estamos en capacidad de detectarlos y resultan de uso común en los laboratorios especializados, los neutrinos son considerados una curiosidad cósmica: nacen en los hornos termonucleares de las galaxias (o en la tierra, en colosales y costosos aceleradores de partículas), prácticamente no tienen masa y no interactúan con la materia, la atraviesan; para los neutrinos, una placa de plomo de varios kilómetros de espesor es como mantequilla. Es decir, son insensibles a las fuerzas electromagnéticas o nuclear fuerte y sin embargo, responden a la gravitatoria y a la nuclear débil. Como si se fueran a ratos con Newton y a ratos con Einstein.

Y fueron justamente unos neutrinos los que recorrieron 730 kilómetros bajo tierra (desde el Laboratorio Europeo de Física de Partículas (CERN), en Ginebra, Suiza, hasta el detector del experimento Opera, ubicado bajo el macizo de Gran Sasso, en Italia) y para sorpresa del equipo científico responsable del experimento, llegaron más rápido que la luz. O bueno, ni tanto: unos 60 nanosegundos antes de lo esperado (un nanosegundo es un millón de veces más corto que una milésima de segundo). Esta diferencia significa que los neutrinos viajaron un 0,0025% más rápido que la luz. En una distancia de 730.000 metros (la velocidad de la luz es de 299.792.458 metros por segundo), es como decir que los neutrinos llegaron una fracción de segundo antes de ser lanzados.

Para aprender más sobre neutrinos y relatividad visita: Einstein en Explora.

Exposición del Museo de Historia Natural de Nueva York.

CUENTOS DE MIEDO QUE DAN RISA en @universocentro.

Muy posiblemente sea cierto aquello que dicen sobre el blaberry, el twitter y otros instrumentos virtuales, que nos acerca con quienes están lejos y nos alejan de quienes están cerca. Pero también es cierto que las revistas digitales, los blogs y muchas otras herramientas del ciberespacio, nos ofrecen infinitas posibilidades de comunicación y creación.

Para la muestra estos Cuentos de miedo que dan risa; una colección de pequeñas historias que nuestro colaborador y novelista, Guillermo Cardona Marín, viene emitiendo a través de su cuenta @gajcardona; son ficciones de 140 caracteres (ni uno más, ni uno menos) en las que el terror inicial puede fácilmente terminar en carcajada y que, a partir de la última semana de octubre, estaremos también retuiteando por nuestra cuenta @universocentro.

En esta edición, les adelantamos tres:

- Cuando, casi a mediodía, irrumpió en la habitación de Gregorio Samsa y notó que seguía acostado en la cama, su padre lo vio como un insecto.
- Siempre había sido un optimista redomado, pero cuando, por accidente, se vio cayendo de un séptimo piso, el tipo tuvo un mal presentimiento.
- El duende corrió a casa de la bruja; le habló del encuentro. La vieja rio y le dijo: los humanos sí existen, pero no hay que creer en ellos.

Existe un precepto científico que reza: Por favor, piense siempre en la posibilidad de estar equivocado. Y de ese precepto se pegaron los responsables del experimento e invitaron a la comunidad científica internacional a replicarlo, a ver ellos en qué pudieron fallar, pese a que han venido repitiendo el proceso desde hace más de tres años con idénticos resultados. Necesitan críticos o aliados, porque contradicen la teoría de la relatividad no es asunto de poca monta.

Ahora bien ¿qué significa para la vida práctica este hecho que ha sido motivo de discusión hasta en los cenáculos académicos del Guanábano? Pues en principio, nada. La teoría de la relatividad muy pocas la entienden y en cuanto a sus aplicaciones, las encontramos sobre todo en los sistemas de localización por GPS o en las centrales nucleares que generan energía eléctrica y en sus accidentes, como los de Chernobyl o Fukushima. O en el recuerdo de Hiroshima y Nagasaki. Y en el temor de tantas otras armas de destrucción masiva que siguen ahí, con el gatillo en alto, a la espera del irresponsable o el loco que desate el apocalipsis. Claro que la relatividad tiene una manera mucho más simple, inocente y segura de ser admirada: Basta observar el cielo en una noche estrellada y saber que lo que vemos allí es una majestuosa fotografía del pasado, las estrellas vistas como eran hace tantos miles o millones de años; lo que tarda su luz en llegar hasta nosotros.

Y es allí justamente donde podría derivarse el hecho más paradójico en la física teórica, de ser correctas las mediciones de los científicos europeos. Digamos que la luz y su umbral de velocidad máxima, es una especie de guardián que pro-

tege el orden causa-efecto. Primero es el terremoto y después el tsunami; primero la caída, luego el golpe. Pero si se llega a la velocidad de la luz, el tiempo se detiene y no pasa nada de nada, y a mayor velocidad, el tiempo retrocede y entonces nos encontraríamos en un extraño mundo donde primero es la cosecha que la siembra y donde los hijos nacerían nueve meses antes de encargarlos, tiempo después de sacarlos de la tumba.

Sería una completa locura que se pudiese romper la barrera de la velocidad de la luz, como pudo haber sido considerado locura hace poco más de treinta años llevar consigo un teléfono móvil o hablar de cuerpo presente y por una muy reducida tarifa con familiares que están al otro lado del mundo a través de la internet. O hace apenas cien años, que se pudiera viajar a la luna o enviar robots a explorar el Sistema Solar y más allá, como las sondas Voyager, que hace años atravesaron la *helio-pausa*, el límite de influencia de nuestro Astro Rey, y que siguen su viaje por el vacío interestelar.

En esta lógica de sueños locos que con el tiempo se vuelven familiares, desde

hace varias décadas los físicos teóricos hablan de la existencia, no de un Universo, sino de un Multiverso. Dicho en palabras llanas, en la física cuántica es un hecho comprobado la existencia de las antipartículas, que son imágenes espectrales de las partículas subatómicas de nuestro Universo, que se generan sin saberse muy bien por qué y que salen disparados no se sabe para dónde. Ahora, pues todo el Universo está hecho de átomos (el mismo Universo alberga incommensurables cantidades de materia oscura y antimateria), lo más lógico es concluir que el Universo mismo genere antiuniversos (hasta AntiUniversocentros debe haber), otros mundos, otros planetas Tierra e incluso otras humanidades que las pueblan, y donde seguramente ya también se habrán dado cuenta que los neutrinos son unas partículas bastante singulares e insabibles y que quizá, de atraparlas o saber interpretar su paradoja, nos ayuden a abrir esos umbrales multidimensionales donde no hay imaginación ni teorías relativistas que impongan límites. ☘

parque **explora** MUSEO DE LA CIENCIA

EL MURCIÉLAGO

Un reptil neolítico hechizado, detenido en el tránsito de las escamas al plumaje...
La melancolía es el rasgo que define su espíritu. Como nosotros, vive arracimado y es una cara anónima en la masa"
José Emilio Pacheco

Por la buena reputación de estos antiguos mamíferos voladores, más información en la Sala Física Viva y en www.parqueexplora.org, un especial multimedia dedicado a los murciélagos en el cine, la literatura, la música, la biología, las historias populares...

Porque el respeto a la diversidad, no es simulacro.
Parque Explora-Acuario-Planetario, para mirar de otra manera

Divertirse Grupo **nutresa**



¿Ciudades para carros?

Urbanismo y el proyecto moderno *country clubs* y guetos (Segunda entrega)

Darío Blanco Arboleda

Antes hablamos de cómo los coches de caballos y la necesidad de su desplazamiento, progresivamente veloz y en mayores volúmenes, se convirtió en imperativo en ciudades como París y Londres, hacia el siglo XIX, y que así se generaron las lógicas de lo que llegó a nosotros como las autopistas.

Al establecerse la *Regent Street* en Londres, que evocaba a sus visitantes un hipódromo, por la rapidez del flujo y los múltiples carriles para circular, su urbanista —el arquitecto John Nash— logró que el parque *Regent's*, ubicado al interior de la misma, no fuera apropiado por la “gleba” y sus tentaciones (lo que en nuestra ciudad sería hacer partidos de fútbol y sancochos); en esto siguió las directrices del rey Jorge IV y tuvo en cuenta la gran dificultad y peligro que implicaba cruzarla como peatón. Además de que la vía creaba una “muralla”, por lo ancha y la rápida circulación, Nash consiguió separar unas zonas de residencia de élites de otras populares, impidiendo que “indeseables” cruzaran hacia los pomposos barrios, estableciendo geografías sociales diferenciales. En este punto aparece un binomio que se convertirá en determinante: los vehículos —en un flujo veloz— y los espacios exclusivos de las élites.

Situémonos en nuestro contexto. Cuando el centro de Medellín se saturó, en la primera mitad del siglo XX —desde la década del 30—, las élites que vivían allí se desplazaron en búsqueda de la exclusividad y la tranquilidad hacia nuevos barrios como Prado Centro o Laureles. En un segundo momento —desde la década del 70—, cuando estos se comercializaron y la presencia incontrolable de indeseables fue evidente, se volvieron hacia zonas como El Poblado. Hoy en día que sienten que este es, una vez más, demasiado comercial y concurrido, accesible a otros grupos sociales, comienzan a trasladarse a zonas más alejadas y protegidas como los suburbios ubicados en el Oriente cercano.

En esos suburbios, en la actualidad, se están estableciendo complejos residenciales que lo único que ofrecen es un espacio protegido por altos muros y toda la tecnología de vigilancia (alarmas y cámaras): el urbanismo básico, la fundamental portería con personal armado las 24 horas y unos muy exclusivos y amplios lotes con servicios para que la familia construya una casa campestre a su gusto. Ese modelo garantiza —y así se publicita— estar rodeado de otros sujetos similarmente exitosos y adinerados, en una zona verde con aire puro, hermosos paisajes y, sobre todo, alejada de la agitación, ruido y contaminación de la ciudad; protección y seguridad de *country club*. El contacto con la alteridad se reduce a las personas necesarias para realizar las labores de vigilancia, intendencia y aseo, a quienes se les debe autorizar accesos y salidas y no están exentos de requisitos.

Se logra la homogenización social por la vía de los altos ingresos, la capa-

cidad de consumo y viviendas hechas a la medida y conectadas rápidamente, por vías expresas y tecnológicas, con las zonas de trabajo. Es en este punto, la rápida conexión del suburbio con la ciudad, donde encontramos la importancia y la razón del acalorado debate generado por el Túnel de Oriente; entendemos para quiénes y por qué es importante, y por qué, incluso, su construcción inmediata es lema de campaña para un actual candidato a la Gobernación. Sus defensores, amparados bajo el discurso modernizador, pasan por el arco del triunfo lógicas como la ecuación costo/beneficio, la representatividad de la población beneficiada y los profundos daños ecológicos que generaría, sobre todo, a un recurso invaluable que se proyecta como el futuro “petróleo” de las naciones y por el que nuestros descendientes pelearán las guerras: el ahora llamado “oro azul”, el agua.

La anhelada exclusión social se hace viable con el automóvil. Los “otros” deben tomar un transporte público costoso e intermitente, usar mayores cantidades de tiempo en el desplazamiento y muchas veces caminar largas distancias, lo que desestima el contacto interclase y posibilita las comunidades cerradas de ricos y exitosos. Aquí encontramos el sentido final del suburbio: la distinción-estatus, siendo la autopista y el automóvil los principales protagonistas que lo posibilitan.

A Robert Moses —el gran urbanista de Nueva York—, sus detractores lo culpaban de preferir los carros a las personas (en realidad, a cierta clase de personas). Muchos de modelos de desarrollo y planeación de las ciudades contemporáneas parecen repetir el mismo error: las calles y las autopistas están congestionadas, se mantiene el afán por ampliar y agilizar las vías, y la búsqueda del estatus por la vía de la separación geográfica de la pobreza, entendida como contaminante, aparece como determinante. Medellín, siguiendo esa lógica, ha generado un proceso acelerado de división social diferenciadora del espacio urbano. Hoy en día, más que nunca, puede decirse que la espacialidad geográfica, el lugar que se ocupa en la ciudad, es una determinante social: ¡Dime dónde vives y te diré quién eres!

Aunque se podría argumentar que esa es una verdad de Perogrullo —ya que las élites siempre han buscado vivir separadas del resto y los asentamientos urbanos históricamente se han diferenciado socialmente—, lo novedoso del proceso contemporáneo está en las marcadas dinámicas de exclusión geográfica. En el pasado, los espacios de los “señores” y los trabajadores se comunicaban y se compartían en determinados momentos. Los grupos trabajadores realizaban las diversas labores en el centro de la ciudad, en las casas de sus patrones, y al caer la noche se movían a sus viviendas, que no se encontraban lejos de las de aquellos.

Con la aparición de las *ciudades* de las élites (“La Milla de Oro” en El Po-

blado), el uso del suelo se regula y controla ampliamente. Las prácticas policíacas sobre criminales se amplían a los que simplemente son civiles indeseados. Así, aparecen distritos expulsivos de personas y prácticas, y se crea un amplísimo mercado de la seguridad, uno de los bienes más consumidos y determinantes para los ricos y poderosos, quienes buscan aislarse de los espacios públicos y de las problemáticas sociales.

Los grupos de élite actualmente viven en un escenario donde el miedo y la paranoia están a la orden del día. Para “reencantar” sus mundos de vida con percepciones de seguridad, se recluyen progresivamente en enclaves protegidos de la intrusión del “otro”. Esto nos lo hace evidente la ciudad y su urbanismo con edificios fríos, con ventanas de espejo, amurallados como una *cit*, que aíslan completamente a su habitante una vez ingresa y donde todo es independiente de la propia ciudad: el clima, el ruido, la luz. Para desplazarse de su vivienda en el *country club* a estas *ciudades* donde laboran, utilizan vehículos grandes y con las mismas lógicas de “burbuja” anteriormente evidenciadas: el confort como último, sentido a la par con la separación del afuera, con vidrios siempre arriba y polarizados, aire acondicionado, dispositivos de última tecnología de video y audio para no tener que mirar la ciudad y su realidad.

En el otro lado de la moneda, los grupos populares se ven reducidos a un proceso de exclusión por estatismo, en el que los desplazamientos fuera del gueto —“comuna”— son desestimados físicamente. Al “otro” se busca encerrarlo. Para poder entender las nuevas dinámicas espaciales de las ciudades es fundamental resaltar la construcción de unas verdades discursivas, difundidas *mass*-mediáticamente, sobre la violencia, la inseguridad y quiénes son sus actores, el dúo marginalidad-delinuencia y la propia culpa por la condición social.

El concepto de “convivencia” en Medellín se va haciendo irreal. Comparten la misma ciudad individuos con una brecha socioeconómica vergonzante, de modo que sus interacciones se van tornando hostiles, dificultándose cada vez más. Este modelo tiene como consecuencia el establecimiento de una ignorancia sobre quién es el “otro”, la nega-

ción o invisibilidad de personas y estilos de vida diferentes de los hegemónicos. Las consecuencias a largo plazo (y es bueno que, en esta época, los políticos en campaña las recuerden para algo más que la tradicional formulación de eslogan y promesas vacuas) son el deterioro total de la convivencia social y la generación de sentimientos de incomodidad que desembocan en estallidos sociales y violencia.

Las nuevas ciudades y sus espacios hegemónicos se encuentran en intensa comunicación y atención con sus pares mundiales, con quienes comparten información y flujo de capitales. Pero esconden la realidad de los grupos humanos excluidos dentro de su propio espacio metropolitano. Si imaginamos la concreción de “Medellín Imparable” o de “La mejor esquina de América”, veremos a un inversionista, empresario o turista (yanqui o europeo), apeándose del avión en Rionegro y bajando en una *van* por Las Palmas hasta “La Milla de Oro”, donde tendrá sus encuentros de negocios y su hotel. Hará turismo por el corredor limpio generado por el urbanismo asociado al sistema Metro, con sus “parques” temáticos de cemento y museos, para regresar a su país por la misma ruta, habiendo vivido y siendo fiel testigo de que la nuestra es una ciudad “casi” de primer mundo.

En esa caricatura podemos descubrir cómo se logra dar la espalda a la dura realidad que se vive fuera y lejos de las murallas de las *ciudades* y de los suburbios, donde la población sobrevive en condiciones de miseria, sin servicios públicos, con los padres sin empleos y los hijos expulsados tempranamente del sistema escolar. En lugar de que la planeación urbana se proponga acabar con las causas estructurales de la marginación y la pobreza, esa tarea —realizada en décadas anteriores— se da por perdida, y ahora todos los esfuerzos se encaminan hacia el ocultamiento de los marginados y sus espacios, que se convierten en simples lapsos dentro de la narrativa de la urbe. Al no ser visibles se hacen menos intimidantes, incluso eventualmente olvidables, susceptibles de una negación plausible como la realizada en los videos de las campañas de promoción internacional de la ciudad. ☪



Tranströmer, el desconocido de turno

Juan Carlos Orrego. Ilustración Cristina Castagna



Como si se tratara de una odiosa advertencia de la tecnología, el anuncio de que el poeta sueco Tomas Tranströmer había ganado el Premio Nobel de Literatura del 2011 fue tapado por la tormenta de noticias desatada con la muerte del Papa de la informática. Todos los diarios de papel o virtuales pusieron en su tapa la cara afilada y sonriente de Steve Jobs en el momento de presentar al mundo el iPhone 4, mientras que solo algunos, en un rincón disputado por los avisos comerciales, acomodaron una pequeña foto en que se ve a Tranströmer con su mano derecha, a modo de pata de pájaro, apoyada sobre el pecho. Fue como si el destino se empeñara en que el poeta, en el día más público de su vida, continuara siendo anónimo para la casi totalidad de la humanidad no escandinava.

Y, sin embargo, quizá era predecible que la Svenska Akademien iba a laurar al octogenario Tranströmer, quien desde hace un par de años aparecía en el top 10 de las apuestas de la frívola casa Ladbrokes. Por un lado, hacía quince años redondos que un poeta no recibía el premio mayor de las letras: desde 1996, cuando lo ganó la polaca Wislawa Szymborska (de hecho, ella sucedió a otro lírico, el irlandés Seamus Heaney, lo cual explicaría la larga gestión del comité Nobel). Aparte de

eso, hacía toda una vida —por ejemplo, la de quien zurce estos párrafos— que los suecos no actualizaban un pecado que los ha puesto no pocas veces en el ojo del huracán: coronarse ellos mismos con los laureles; la última vez fue en 1974 y resultó escandalosa, pues los académicos le concedieron el premio a dos de sus compatriotas, Eyvind Johnson y Harry Martinson (de quienes, aunque poco o nada se conozca en América Latina, puede decirse sin temor a equivocarse que no merecían el premio tanto como Pär Lagerkvist o Selma Lagerlöf). Finalmente, la decrepitud y la enfermedad de Tranströmer pesaban más que los atributos de rozagantes candidatos como Bob Dylan, Adonis o Haruki Murakami: a la Svenska Akademien no le disgusta la carne de cementerio, lo que quedó claro cuando, tres días antes del anuncio literario, otorgó el Nobel de Medicina a un difunto.

Como ha ocurrido desde hace más o menos una década —con excepción del reciente cuarto de hora de Mario Vargas Llosa—, esta vez también fue imposible surtirse en la librería de cabecera con alguno de los títulos del recién galardonado. Sus traducciones al español, al parecer, se cuentan con menos de la mitad de los dedos de una sola mano: el exclusivo sello Hiperión —tan odioso, por sus precios hiperbólicos, como Gadir y Adriana Hidalgo— publicó *Para vivos y muertos* en 1992, mientras que la editorial Nórdica Libros, no se sabe si por insinuación diabólica o inspiración angélica, justo el año pasado dio a luz la antología *El cielo a medio hacer*. Sin embargo, no hay mal que por bien no venga: la amenaza informática, del todo dispuesta a cambiar el papel con hongos por el Kindle con virus, ha proporcionado el mejor consuelo al lector que, desde el último 6 de octubre, sufre por saberse a la zaga de la actualidad literaria. Mientras las cajas de libros surcan el Atlántico, Internet ofrece una corta pero significativa muestra de la poesía de Tranströmer, psicólogo y pianista en sus ratos perdidos.

A juzgar por nuestra antología virtual, parece justificarse que al sueco le hayan concedido el Premio Nobel “porque a través de sus imágenes condensadas y translúcidas nos permite el acceso a la realidad”, según explicó el secretario Peter Englund el día del anuncio. El poema “Tormenta” lo prueba sin posibilidad de réplica: en él se cuenta que un viajero, desde el cuarto en que intenta dormir, descubre que el sonido de la noche es lo mismo que “las constelaciones estampadas / sobre el roble”. Ese delicioso absurdo —en el caso de que lo sea: uno oye la noche al mismo tiempo que cree verla— muestra, de entrada, la rancia y fina madera de que está hecho el árbol literario de Tranströmer: los eruditos llaman sinestesia a ese recurso, tan viejo como la poesía misma y, quizá, lo más convincente que ella ofrece. Hay un bonus track para esta lección

en el poema “Noche-mañana”: “El amanecer golpea y golpea / en las verjas de piedra gris del mar”.

Con todo, el sueco también se mueve bien fuera de lo muy clásico, según se ve en su interés por un hecho insidiosamente moderno: manejar un carro. En “Nocturno”, el poeta conduce a la vera de un pueblo y descubre lo muy extraño que resulta atravesar así, a altas horas de la noche y en una caja luminosa, el sueño de los demás; inmediatamente siente culpa, hasta creer que lo acusan las hojas de los árboles, y en casa tiene pesadillas. Después, en “Soledad”, vemos que lo peor se ha hecho realidad: el mismo automóvil —si es otro no importa— ha patinado en la nieve y se ha ido contra un poste, mientras el poeta, atontado, cree ver que alguien se acerca entre la lluvia blanca para ver qué fue de él; entonces, siente que el mundo está superpoblado y es asfixiante: “Tengo que estar solo / diez minutos por la mañana / y diez minutos por la tarde. / Sin programación”. Este último, quién podría dudar, es el poema obligado de todo psicólogo consecuente.

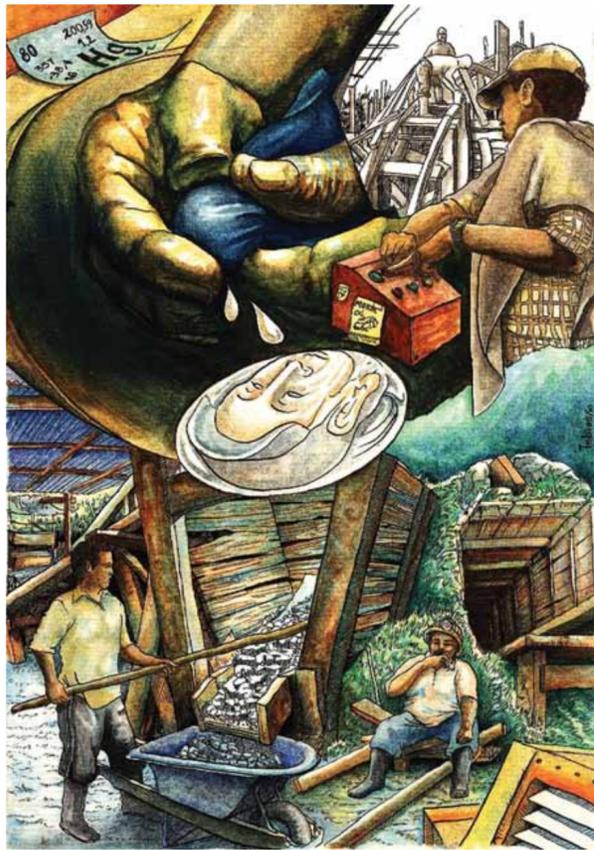
El pianista también asoma en la poesía de Tranströmer. En “Góndola fúnebre N.º 2”, Liszt y Wagner viven —y mueren de frío— en Venecia; el primero, que por ser el más viejo es el más delirante o el más sabio, ve una góndola maligna y le nace componer una música pesada que anuncie las desgracias del futuro. El poema es largo y lento como —se imagina uno— sería esa música, y de una estrofa a otra brinca de la Italia de 1883 a la Lituania de 1990 para mostrar gente muriéndose en un hospital (así se da cuerpo a la profecía encerrada en la partitura de Liszt). En la última estrofa ya no hay músicos, góndolas ni salas de urgencias; apenas está el poeta, de regreso de los imágenes, entre cómicas y siniestras, de una pesadilla: “Soñé que llegaba tarde el primer día de clases. / Todos en el salón llevaban máscaras blancas / sobre el rostro. / Imposible decir quién era el maestro”. Más allá de esto, es casi imposible leer otras cosas del maestro.

Es extraño que el premio literario más famoso en la historia de la humanidad deje, casi siempre, el mismo sabor que deja descubrir un árbol cuando los pocos frutos que le quedan —a simple vista saculentos— están muy altos. Siempre la misma condena de resignarse a que los tumbes un pájaro improbable o a que, después de muchos meses, madure la próxima generación de manzanas. El mismo Tranströmer, en “Apuntes de fuego”, es quien sabe cómo se siente el lector obsesivo mientras dura la larga espera editorial: “Durante los meses tristes, estaba el alma desesperada y sin vida”. ☪

Este es un fragmento del libro *De oro están hechos mis días* de la periodista Anamaría Bedoya Builes, publicado recientemente por Hombre Nuevo Editores gracias a la Beca de Creación Artística de la Alcaldía de Medellín, en la categoría Crónica.

Condenado oro

Anamaría Bedoya. Ilustración Tobías



Los periódicos empezaron a hablar de eso en septiembre de 2007. Las notas aisladas titulaban así: “Mercurio, el lado oscuro del boom del oro en Colombia”; “Contaminación de mercurio en Segovia supera niveles mundiales”; “Zona de pequeña minería de oro en Antioquia, una de las más contaminadas del mundo: ONU”; “Remedios y Segovia entre los más contaminados del mundo”; “Nordeste y Bajo Cauca luchan contra el mercurio”; “Altos niveles de mercurio infectan la minería aurífera”. La noticia, en general, era la misma: la Organización de Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (Onudi) le dio a Colombia el primer puesto en contaminación de mercurio en el mundo, después de Zimbabue, Singapur, Brasil y Mozambique. Según ellos, de todo el mercurio que consume el mundo anualmente, una cuarta parte lo usa la minería artesanal para la extracción del oro, y de esa fracción Colombia gasta el diez por ciento. La cifra los escandalizó. Dijeron que era urgente intervenir, y que el país hiciera parte del Proyecto Global de Mercurio. Dice la Información Minera de Colombia (IMC) que en el 2009 el país produjo 47,8 toneladas de oro. De esa cantidad, las regiones del Nordeste y Bajo Cauca de Antioquia (Segovia, Remedios, El Bagre, Zaragoza, Nechí) aportaron más de la mitad.

Las cifras del mercurio no se definen, pero se especula que superan las toneladas de oro producidas, que pueden ser más de cien al año, y esa cantidad termina en el medio ambiente. Me explicaría Oseas García, Ingeniero de Minas que lleva más de veinte años trabajando en la minería y es el coordinador local en Medellín del Proyecto Global de Mercurio, que “Desde hace muchos años se tiene conocimiento de que hay una grave problemática de mercurio en el Nordeste y Bajo Cauca. La Universidad de Antioquia, la Universidad Nacional y Corantioquia emprendieron estudios y han sido muy incisivos para manejar el problema. Pero siempre se queda en el comentario, en hacer el diagnóstico del problema, nunca se sabe cuántas cifras está manejando el mercurio ni las afectaciones. Antes no se veía como un elemento tan tóxico. Yo recuerdo que en esa época manipulábamos el azogue y lo escurriamos manualmente sin ninguna protección. En las habitaciones de las minas manejábamos cantidades debajo de la cama, cosas que hoy en día son aparentemente aberrantes”.

En el año 2007 la Gobernación de Antioquia mandó representantes a Viena a exponer el problema. “Lo que queda en Viena es un compromiso de la Gobernación y Corantioquia de aportar cada una trescientos mil dólares al proyecto. Onudi se compromete a apoyar la gestión para conseguir recursos y aporta la metodología, su conocimiento y el equipo de profesionales y expertos internacionales. No aportan dinero”, dice Oseas. A continuación llegarían a Segovia los representantes locales de la Onudi, con todo un proyecto para tratar de cambiar lo que durante años se ha hecho allí. Una política pública para regular el uso del mercurio, implementar tecnologías limpias, concientización sobre el daño al medio ambiente y la salud, muchos censos y estadísticas. Pero las cosas no serían fáciles, e incluso los expertos más entusiastas confesarían que hubo momentos en que quisieron tirar la toalla.

Fabián acaba de llegar a la mina. Cuerpo grueso, ojos de búho. Busca la carretilla y la lleva hasta el tazón. Con una pala arrastra las piedras y, cuando la carretilla está llena, las lleva hasta el borde de la montaña y las tira. Hace lo mismo cuatro veces hasta que el tazón queda vacío. Mientras llega otro viaje de descargue se sienta en la caseta. Adonis hace unas rayitas en un plegable anaranjado

con recomendaciones para el uso del mercurio. Las rayitas son las veces que pone a funcionar la elevadora.

—Ese plegable sobre el mercurio ¿quién se lo dio? —pregunto.

—Me lo dieron por ahí en el pueblo, en esas campañas que hace la gente esa.

—¿Y usted qué piensa sobre eso, sobre el daño que dicen causa el mercurio?

—Todo es bien, porque el mercurio sostiene la minería. El mercurio prácticamente lo tiene uno. Eso aquí se mezclan toda clase de olores, pudriciones, y todo eso es mercurio. Entonces llega y recoge un viaje de basura, papeles, costales, tarros, unos con agua y otros sin agua, unos untados de aceite, y al tiempo usted va a mirar eso allá y no soporta el olor de eso. Eso es un mercurio. Es un mal olor que lo coge el olfato. ¿Dónde va? Al cuerpo...

—En estos días entrevistaron a un minero —interrumpe Fabián—. Eso lo han mostrado en programas de televisión. Entonces le dice el entrevistador: Oiga, ¿usted por qué trabaja con esto si sabe que se puede morir? Y él le contesta: ¡Ah! Igualmente no vinimos a morirnos pues. Con eso le tapó la boca —se ríe, tiene los dientes perfectos y blancos. Humberto, que está cerca de la caseta intentando coger guayabas de un árbol en plena loma, al borde de las piedras desechadas, se acerca y dice:

—Por ejemplo: si usted no toma trago, entonces le gusta mucho andar, o el juego, o el lujo; la plata de todas maneras se la gasta. Lo mismo con la salud, nosotros acá estamos con el mercurio, otros están con el indugel (pólvora) y con esas cosas de todos esos químicos; cosa que si no se mata de una manera se destruye de la otra. Yo creo que nos acostumbramos a vivir con él ya, porque yo no tengo nada en contra de ese “man”.

Todos se ríen. ***

Me diría después Oseas, dibujando con un lapicero a Segovia en el aire: “Tenemos un mapa de los contenidos de mercurio en el aire de Segovia. Son bastante tenebrosos, diría yo. Lo que pasa es que si mostramos toda la problemática de mercurio en la zona, la vamos a estigmatizar de tal manera que nadie va a querer ir allá. Encontramos cosas muy duras en Segovia, mediciones de miles de nanogramos por metro cúbico. Son datos muy altos. En una ciudad normalmente el contenido de mercurio es de dos a diez nanogramos por metro cúbico, y en Segovia encontramos la mayoría de las veces que hay 300 mil, 400 mil, 600 mil, 2.000, y hubo momentos de 5.000 y 6.000 nanogramos que se midieron a 20 metros de altura, desde lo más alto de la iglesia, donde se supone ya hay dispersión. Frente a las compras de oro, obviamente que se dispara a 600 mil y a 800 mil.

Imagínate que hace como tres o cuatro años Corantioquia compró un Jerome 431 para medir mercurio gaseoso en un rango alto. Entrenaron a una niña de Remedios para que hiciera las mediciones frente a las compras de oro, en los entables, en las casas. A ella la entrenaron bien, dónde prenderlo y apagarlo. Como a los tres días llamó asustada a la corporación porque se le había dañado el aparato. Cuando lo llevaron a Medellín a chequearlo era que había superado la barrera del millón de nanogramos y se había disparado el equipo”.

—¿A ver el Caribe? —pregunta Hernán.

—No tengo, se acabaron.

—¿Cómo se te va a acabar un hijueputa paquete entero de cigarrillos? ¡Ome Berna!

—Se acabaron ome. ¿No le da pena con la señorita? Bueno mami, vea yo le explico lo del mercurio. Eso sí hay en todas partes, pero aquí está más contaminado. Porque es que vea por ejemplo, mire las aguas, vea, desde el principio se ve, y esas aguas ba-

jan así sucias es por el mercurio, el mercurio de los entables, de La Frontino, de todas partes. Ahí es donde cae toda la suciedad. Ahí a esa quebrada, y a otras quebradas que nacen para el lado de allá. El oro lo quemán y el humito que larga eso es puro mercurio.

Bernardo no lleva anillos de oro, no da órdenes a nadie. Me imaginaba que los dueños de una mina eran siempre lujosos, y que siempre estaban lejos del lodo. Existen así, sólo que son pocos, lejanos incluso del pueblo. Andan en camionetas de vidrios polarizados, pero son dueños de minas grandes que no tienen palos podridos. Mientras Bernardo habla, una volqueta baja por una loma pedregosa. En el volco cargado de piedras dos hombres tratan de sostenerse. El carro se mete a la quebrada, circula despacio, se le ve oscilar de un lado a otro. Después de cruzar, parquea junto a la falda llena de piedras. Los dos hombres se bajan con palas, recogen piedras y las tiran al volco.

—Dicen que el mercurio es muy dañino, muy malo, pero ya entonces todos los de aquí se hubieran muerto, porque es que aquí siempre se ha trabajado con eso —continúa Bernardo.

—Eso lo acaba a uno donde uno se deje coger ventaja —agrega Hernán—, porque eso se le mete por los poros, le da tembladera, lo vuelve más viejito a uno. Cuando yo trabajaba aquí con seguro de salud iban a mandar a hacer el examen de la “chimbada” del mercurio pero no salieron con nada. A mí sí me gustaría hacérmelo, oiga. Uno quemando oro, diario jodiendo con el azogue, debe tener bastante ya en el cuerpo, en la sangre. Pero no estoy de acuerdo con que reduzcan el uso, porque es que si acaban con eso ¿de qué va a vivir la minería entonces? ¿Con qué lo van a tratar si el proceso lo sacan con el mercurio?

—Tienen que empezar primero con los entables, y aquí no hay más dónde moler un bulto de mina —explica Adonis—. Por ejemplo, si a usted le dieron un güeverito (palada de mina), ¿usted dónde lo va a moler? Pues en un entable, porque no hay más en dónde, no hay más en qué, entonces le toca siempre acudir al entable. ¿Qué es lo primero que usted hace pa’ moler su minita? Echarle el mercurio. No hay otra cosa que lo reemplace, entonces de todas maneras se infecta uno.

—Vea —comenta Hernán—, yo me mantengo mucho hablando con el primo mío, Alveiro, el hermano de Fabián, el que administra el entable allá, y él me dice que al cianuro, con lo que procesan las arenas que sobran de la molidura con el mercurio, lo van a quitar, pero que van a sacar un ácido y no sé qué hijueputas que va a salir más bueno que eso, que pa’ no estar con ese cianuro. Pero si el cianuro lo descontinúan tienen que sacar una cosa que es veneno también, la misma güevonada, porque es que ¿cómo van a procesar un oro con azúcar?

Ese vapor invisible que se condensa en el aire lo respiran todos en Segovia. Se está yendo a sus pulmones, a su sangre, los está enfermando. Muchos lo ignoran, otros no lo creen, los pocos que saben algo dicen que es mejor soportarlo que terminar con lo que les da el sustento. El noventa por ciento del mercurio absorbido por vapor, permanece en el cuerpo de dos a cuatro días, tiempo durante el cual es eliminado por heces y orina, afectando al riñón. El resto del mercurio permanece durante más tiempo, de quince a treinta días, suficiente para que llegue a los pulmones y se acumule en el sistema nervioso central.

Farley se monta en su DT roja y se encamina hacia el centro del pueblo. Segovia se mueve vertiginosamente. Por la calle que conduce al parque hay más casas de colores, motos que vienen y van. Grupos de mujeres de faldas hasta los tobillos y cabello largo predicán su credo. Pasan al lado de los ba-

res, que a esta hora ya están llenos. Todos los días parecen el mismo. En las mesas no caben más botellas. En el parque hay una feria del libro, dos o tres los hojean. No hay iglesia. La están tumbando para hacer una más grande, una digna de un pueblo minero, dice un taxista. Farley conduce a sesenta kilómetros por calles atestadas de motos y gente. Llega al barrio Marquetalia, todo lo mismo: bares, compraventas, entables. La Quema de Oro, como se llama el local, es un garaje pequeño, medio vacío: un televisor, una retorta, una banca y tres hombres que miran alejados un programa de peleas callejeras.

En el video, dos hombres negros se golpean. En una banca del local, un reciclador ríe estruendoso. Farley le dice al dueño que viene a quemar el oro. El joven, gordo y con varios anillos de oro, coge la bolita y abre la puerta pequeña de un cajón que permanece sostenido por barras de hierro. El cajón está conectado a una cantidad de tubos que entran y salen por todos lados. Antes de meter la bola la envuelve en papel celofán rojo, la pone sobre una cuchara de hierro y la mete a la retorta. En una de las paredes del cajón se ve un pequeño agujero. El hombre prende el soplete que está dentro del cajón y se inclina sobre la cuchara.

—Uno todavía no pone la bola a que se quemé de una —dice el dueño— hay que esperar a que le salga el mercurio. Y el mercurio, el vapor, se va yendo por ese huequito y pasa por todos esos tubos hasta que vea, cae acá de nuevo.

El mercurio cae a un plato plástico después de haberse condensado en esa trama de tubos que termina en una especie de embudo. De la bolita envuelta en papel rojo empiezan a brotar pequeñas gotas de mercurio. Después de un rato el hombre arrima la bola directamente al fuego que se come el papel. La bola comienza a ponerse roja. Unos gritos interrumpen al dueño del local, que habla de su retorta, de lo contaminado que él está, de su negocio. El hombre suelta la pinza que sostenía la bola de oro y va a la entrada del negocio con su socio. Afuera, en la calle, el reciclador tiene el rostro endemoniado. Sus puños golpean con fiereza a otro reciclador que aprovechó la distracción para hacerse dueño de cuatro cartones que reposaban en el piso. El reciclador aprieta con sus manos el cuello del otro. El amenazado tiene la cara roja. Se revuelca, se zafa, corre hacia el garaje. En el televisor un hombre negro apuña a un blanco. El primer reciclador corre por la calle, agarra una piedra inmensa y la alza sobre su cabeza. Mueve su cuerpo en una danza extasiada, ciega. El amenazado corre.

La condena. Una tierra ahuecada por las minas y repleta de oro. Los cartones en el piso. Afuera un círculo de personas miran: los mototaxistas, los que bebían en los bares, los que trabajaban, los mineros, los socios de la quema de oro. Rien, gritan: “que le tire la piedra”, “que le dé más duro”. La condena. Los indígenas de hace quinientos años diciéndoles a los españoles que El Dorado no estaba acá, que más abajo. Los cartones en el piso. El reciclador perseguido huye, desparado, por las calles quebradas y el otro corre tras él con una inmensa piedra que señala al cielo. La condena. Farley prefiere mirar la pelea desde el local y vigilar la bola de oro que arde. ☪



Elkin Obregón S.

Para Uriel Ospina, muerto, y J. R., más vivo que nunca.

EL INMORTAL

“Nunca más fue visto, ni en la corte, ni en algún otro lugar de la tierra (...) su cuerpo no fue a dar las márgenes de algún lago, o río o mar, ni fue encontrado colgado de una horca. Simplemente desapareció, como si nunca hubiera existido...”

Perdido en el bosque, me abrí paso entre juncos y cañabravas. Al fin divisé, en un claro del follaje, una pequeña casucha, de cuyo techo fluía un lánguido hilo de humo. Nada se oía. La puerta estaba entreabierta, y entré. Adentro encontré a un hombre, sentado en un tronco de madera. Su cráneo era completamente ralo, a excepción de cuatro mechones que se le enredaban en las enormes orejas peludas. El rostro estaba lleno de pústulas, y también el cuerpo, esquelético, cubierto por unos andrajos que alguna vez fueron ropas. Sus pies, desnudos, eran un mapa de callos, juanetes e hinchazones.

Con un gesto, el hombre me invitó a seguir. “Hace tanto que no veo a nadie”, dijo. Guardé silencio, aunque algo en él me resultaba vagamente familiar. “Ya casi olvidé cómo me llamo, o me llamaba —calló un rato, y luego prosiguió, con un resto de voz—. Fui un malandrín, un ladrón, escapé de milagro varias veces a la horca. Pero también fui un goliardo, y ocupé más de una vez las bancas de La Sorbona... ¿Mis amigos? Asesinos, rateros, contrabandistas. ¡Y el vino, y las putas!... Un buen día me cansé de todo aquello, salí de la ciudad, recorrí aldeas, descampados, sin jamás ver el mar. Y heme aquí, en esta covacha, a donde llegué sin saber cómo ni cuándo...”

Después enmudeció. Armado de un escudilla, no sé qué potaje bebía por su boca desdentada. Tras un largo silencio, que adviné definitivo, musité algunas palabras, y me marché, en busca de alguna senda o camino real que me llevara a la carretera, y con ella a mi destino. El alba ponía aromas en los naranjos en flor. De pronto, recordé: *Mais où sont les neiges d'antan?*

CODA

La desazón que nos produce el oír hablar a un hombre de verdad sabio (o incluso el leerlo), es que intuimos que no es feliz. La felicidad es otra cosa, un poco más burda, una especie de consuelo espurio. ☪



Estilario

Raúl Trujillo

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Ella, hecha toda un fetiche tribal, hace honor a su homónimo, que según la canción que cantó La Unión en los 80, veló en las noches de París cuando de lobo a hombre se transformó Denis. Debo recurrir a valoraciones ancestrales para poder "dar cuenta" —como dicen por aquí al sur— de la belleza de alguien que, como las antiguas sacerdotisas, se viste para el culto a una creencia que se expresa en la imagen proyectada a los demás. Mas allá de moda o no, el estilo gótico, como solemos definirlo, ha sido desde hace siglos una presencia oscura que ha acompañado a muchos en la exploración de su identidad y toda una experiencia de vida "hasta la muerte" para sus más fieles seguidores.

Británico de origen, este imaginario de estricto negro y apariencia agresiva se ha nutrido de fantásticas y barrocas versiones de indumentaria y joyería tan sofisticadas como bizarras, que seducen por contestatarias y glam. El manga se encargó de los demás y pronto hubo por todo el planeta tribus de neogóticos urbanos, vampiros, gárgolas, ángeles caídos y demonios, como en el cosplay. Nuestra invitada abusa de su cara de doncella iluminada y su hermoso escote que evoca los grandes salones, y su pequeña humanidad se carga en una sola microfalda-alforjador, una barroca suma de glam, army y rock que personaliza, se apropia de aquello que encuentra eco en jóvenes de muchas ciudades y se manifiesta ahora en una poderosa red.

Como siempre en acento, unas gotas de rojo y el blanco lo pone la piel. Qué difícil resultan ciertas marcas que dejan las inclemencias del sol prelluvia, si uno sale ligera de ropas exhibiendo en el día tanta piel. ¿Será por eso que los vampiros deambulan en la noche y se confunden con ella? No es París, pero bien podría aullar Dennis; la verdad es que esos tacos, el brazalete, el guante y todos los plus que con esmero se "produce para salir", le garantizan que llamará la atención de su manada y jauría.

Aunque difíciles de explicar, no puedo dejar de comentar la red de macramé, la apariencia casi ortopédica y retro de los tacos, el lustre a cuero o seda con que brillan las telas y las piezas de encaje o el collar, como fetiches que pertenecen a la subcultura BDSM (sigla usualmente empleada para designar una serie de prácticas y aficiones sexuales extremas o diferentes a las convencionales). Vestir esos códigos posiblemente accione entre nosotros el mismo *modus operandi* aplicado durante siglos por los más conservadores: optar por demonizar y cargar de agresión ancestral y códigos violentos aquello que de por sí podría ser considerado también "una divina dulzura". ¿Diabólico? La sobreexposición de ciertas estéticas oscuras por los media pop y su fashionización ha cambiado radicalmente su significado y de considerables marginales, agresivas y chocantes, las ha normalizado con rótulos de tribu urbana Darky, Gotik y NostalgicPunk. 

Dennis Gómes. Bailarina tribal

La primera vez que me dijeron güevón

David E. Guzmán. Ilustración La Coste

Nunca había hablado con Pingüi, sólo lo había visto de lejos. El man tenía como diecisiete años y era uno de los duros de la Unidad Residencial. A veces llegaba en motos prestadas y descrestaba a las peladas haciendo piques en las calles de la ciudadela, lo suspendían semanas del colegio y tenía amigos misteriosos en López de Mesa y Castilla. Como él había otros tres o cuatro, compinches entre ellos, que peleaban con gente de otras Unidades, con papás de muchachos más pequeños, con los porteros a punta de correazos y hasta le reviraban a sus madres en público.

Fue una tarde de junio de 1986 cuando Pingüi supo de mi existencia. Él estaba explayado en las escalas de cemento que conducían, en una larga subida, a los bloques naranjados, de manga sisa, bluyín recortado y tenis blancos. El hombre se fumaba un cigarrillo, tenía la bicicleta en el suelo y parecía esperar a alguien. Yo no llegaba a los diez años y recién había salido a la calle para jugar fútbol con Loquillo, uno de los pocos amigos que había conseguido. Llevaba un mes viviendo en la Jorge Robledo, Unidad Residencial con una veintena de edificios de cuatro pisos contruidos a lo alto y ancho de un cerro, al occidente de Medellín. Eran como 220 apartamentos donde vivían familias de todo tipo, gentes de todas las edades, un pueblito entero donde la iglesia y la discoteca funcionaban en el mismo salón comunal.

De pronto, de uno de los bloques salió Alex, un moreno de labio grueso que le pegaba cada rato a su hermanito. Iba con el brazo enyesado, las orejas enrojecidas y los ojos llorosos. Al lado caminaba su papá con cara de ogro, era un señor ancho, de camisa por fuera y dueño de un taxi pequeño. En silencio se montaron al carro, que antes de arrancar estuvo detenido un par de minutos con el motor prendido. Alex era un arquero, él decía que era el mejor arquero del Pascual Bravo, un colegio que quedaba al lado de la Unidad y que cada rato salía a paro, a guerra de piedras lanzadas por los estudiantes. Lo único que jugábamos nosotros era fútbol y nos dio mucha curiosidad el brazo enyesado de Alex, que era arriesgado para tapar porque le ponía el pecho a los riflazos de la Jirafa —un pos-

te que jugaba de central y era enfermo por el DIM—. Alex no le temía a nada cuando iba al arco, volaba de palo a palo y sacaba su valla con pocos goles (porque los partidos quedaban 12-5, y así).

¿Será que se lo quebró en una pelea? ¿Tirando piedra en el Pascual? ¿Sería aquí mismo en la Unidad y no nos dimos cuenta? ¿Un balonazo de la Jirafa? No podíamos quedarnos con esa duda y Loquillo, que se había amedrentado para ir a preguntarle a Alex por la presencia áspera y anfibia del papá, me dijo que lo acompañara a averiguar el chisme con Pingüi. Era la primera vez que iba a relacionarme con ese emblema del mal, era mi presentación ante uno de los líderes juveniles, que ya se emborrachaba, uno de los más famosos, tratado como héroe por la horda de pelaos púberos y como villano por las amas de casa que le prohibían a sus hijos juntarse con él.

Subí las escalas con el balón en las manos. Pingüi seguía ahí sentado. Cuando llegamos saludó a mi amigo y me miró a los ojos pero no se interesó en saber quién era yo. Loquillo le preguntó y el hombre, sin mirarnos siquiera, empezó a contar la historia de cómo Alex se había quebrado el brazo: "Ese man se compró un afiche de Natacha Kinsky y lo pegó en la pieza", dijo, y aspiró el cigarrillo con los ojos entreabiertos. Era flaco y ya tenía pelos en el sobaco. Se fumaba un Royal, expulsaba el humo con fuerza y quedaba en silencio, miraba al suelo y tiraba escupas agrandando poco a poco un charquito de babas entre sus tenis LA Gear sin medias. Alrededor del tobillo tenía un escapulario de hilo verde amarrado a dos vueltas.

"Entonces se empezó a voliar la paja mirando el afiche y comenzó a salir humo, humo", continuó Pingüi, que tenía la nariz puntiaguda y los ojos redondos, como el pingüino que insinuaba su apodo. "Y seguía haciéndose la paja y seguía saliendo humo, saliendo humo hasta que se le quebró la mano", remató el man. Hubo silencio. Yo no entendía muy bien qué era eso de la paja y el humo y un afiche de una mujer empelota abrazando a una culebra. Y que todo eso revuelto hubiera terminado con la mano quebrada del mejor arquero que yo conocía después de Lorenzo Carrabs.

Loquillo, que me miró a través de sus lentes gruesos, tampoco decía nada. Pingüi, con su bozo insípido, tiró de un papirotazo la colilla del cigarro a la manga. En mi mente se recreaba la imagen difusa de Alex sin camisa en su pieza, el afiche de la mujer y la culebra, un morro de paja incendiada, el humo. Eso se me mezclaba con la sensación de estar siendo burlado, con la angustia de no dar la talla y comprender el chiste, el trabalen-guas absurdo de una ficha envale-tonada, de otro mundo, donde el miedo no existía pero sí la crueldad y la pelea.

Pingüi ya se había montado en la cicla para irse, y a pesar de que me daba susto hablarle, no aguanté la confusión y mi cuerpecito de quince kilos y un metro de estatura se llenó de valor para dirigirle la palabra: "Ey, Pingüi, en serio, ¿qué le pasó a Alex?". Y él, que ya nos había dado la espalda, giró el manubrio de la bicicleta, se paró en los pedales haciendo equilibrio, me miró fijo con sus ojos bien abiertos, como para decirme una cosa muy importante, una sentencia, y vociferó: "¡Pingua güevón, Pingua!". Pedaleó. Esa fue la primera vez que me dijeron güevón, mi bienvenida a la adolescencia. 



El aliento de las mayorías

Hace un año largo Ron Washington, el manager de los Rangers de Texas, salió positivo por cocaína en uno de los controles de las Grandes Ligas. Sí, están algo locos, hacen pruebas antidoping a quienes se sientan en el dogout a mascar tabaco. Todo el mundo esperaba un linchamiento, es uno de los hobbies en Texas. Pero parece que algunas cosas han cambiado después de todo. Ron Washington no solo admitió su culpa reciente sino que reconoció haber fumado marihuana y probado algunas anfetaminas, unas pocas, en sus años de pelotero defendiendo el cuadro defensivo de Minnesota. Los dueños de los Rangers, un equipo formado por iniciativa de George W. Bush en 1989, decidieron que el asunto no era tan grave y ahora Washington tiene a la novena de Texas cerca de ganar la Serie Mundial. De algún modo sus pecados de juventud, con humo y pepas, sirvieron para suavizar su reciente descuido con la nariz. Visto el cocitel completo la

cosa no pareció tan delicada. La suerte de Ron Washington en Texas es una anécdota interesante para medir el clima gringo con respecto a las drogas. Porque una cosa es que California haya estado a punto de liberar el uso de marihuana más allá de las prescripciones médicas y otra que Texas encumbre como ídolo a un fumón algo pepo con una tardía afición por la cocaína. Hay que celebrarlo. Pero la confirmación de esa tendencia llegó la semana pasada con los resultados de la encuesta que Gallup hace desde 1969 y que pregunta a los desprevenidos su opinión sobre el uso legal del moño. Cuando se preguntó por primera vez, en pleno auge psicodélico, el 84% de los norteamericanos se declaró en contra del uso médico y recreativo de la marihuana. Y eso que faltaban dos años para que el truhán de Richard Nixon concentrara su "legendaria ira política en la marihuana" declarando la guerra contra las drogas: "El consumo de drogas ha asumido las dimensiones de una emergencia nacional... el

peligro no pasará al fin de la guerra de Vietnam. Existía antes de Vietnam y existirá después". Han pasado 40 años desde el infausto discurso y los resultados de la última encuesta confirman que los aires han cambiado. La mitad de los norteamericanos dijeron estar de acuerdo con un trato legal al humo dulce del cannabis, sin tener que recurrir a un espasmo muscular o a una cefalea como disculpa para poder echar un plon. Apenas el 46% se declaró en contra. De modo que el Estado de Opinión ha comenzado a inclinarse hacia un lado

que en los noventas -cuando solo el 19% apoyaba la legalización- parecía la utopía de unos desvergonzados. Entre los menores de 30 años, nacidos bajo el lema que acuñó Nancy Reagan "Simplemente, di no a las drogas" - el porcentaje de apoyo a la legalización llega hasta el 63%. De modo que es muy fácil que un segundo referendo en California, ojala pronto, marque un punto de quiebre en Estados Unidos. Al fin y al cabo los últimos tres presidentes han confesado haber consumido marihuana. Aunque el timorato de Clinton haya dicho que el

no la aspiró. Obama, por su parte, mejoró la respuesta: "Claro que la aspiré, de eso se trataba ¿no?". Lo más gracioso es que el olorcito ha llegado muy débil hasta nuestras tierras. Hace unos días el Presidente Santos le dijo al diario Publimetro que está de acuerdo con la legalización de las drogas blandas. Santos, que se compromete si acaso con las causas avaladas por la Unicef, advirtió que siempre y cuando el mundo entero esté de acuerdo. O sea no dijo nada. Alguien debería decirle que hay oportunidades en el marco del TLC. A ver si se anima. Sobre todo porque la exportación de cocaína tiene muchas trabas fitosanitarias.



Cuadernos de la servidumbre humana

"Soy el mejor de los escritores entre los escritores de segunda línea". Hay que tener huevos. Saber dónde está un parado. Maugham sabía. En los veinte y los treinta del siglo pasado William Somerset Maugham era el autor más vendido de Europa, y el peor considerado por la crítica. Cayó un poco en desuso, pero no ganaron los críticos: se siguen leyendo, silenciosamente, sus novelas hermosas como La luna y seis peniques, como El filo de la navaja. O como su biografía novelada, Servidumbre humana. Desde antes de cumplir 20 comenzó a escribir diarios, donde apuntaba sus pensamientos y reflexiones al comienzo, y que luego fueron convirtiéndose en la base para la creación de escenas y la caracterización de personajes en sus obras de ficción. En el 49 se decidió a publicarlos bajo el título Cuadernos de un escritor. "No lo publico porque sea lo bastante vanidoso como para suponer que toda palabra mía merece ser perpetuada. Lo publico porque me interesa la técnica de la producción literaria y el proceso de creación, y si un volumen como este, escrito por otro autor, cayese en mis manos, me arrojaría sobre él ávidamente". Si lo ve por ahí, haga lo mismo.

—Una solterona es siempre pobre. Cuando es rica, es una mujer de una cierta edad que no se ha casado. —La gran mayoría usa innolemente la porción de inteligencia de que dispone, después de preocuparse por su propia conservación y la propagación de la especie. —Pueda la muerte cubrir mis años con la noche. —Cuando una mujer de cuarenta años le dice a un hombre que es lo bastante vieja para ser su madre, la única salvación del hombre está en la huida. O se casará con él o lo arrastrará al tribunal de divorcios. —Habría que cultivar siempre los propios prejuicios. —No hay como el amor para que un hombre cambie de opiniones. Porque nuevas opiniones son casi nuevas emociones. Son el resultado de un pensamiento, sino de una pasión. —No hay hombre que en el fondo de sí mismo no sea tan cínico como una mujer bien educada. —Hablándome de una palabra muy larga que alguien había empleado, me dijo: "Una palabra tan aristocrática, ¿sabe usted?, que parece que a uno tienen que dolerle las mandíbulas con sólo pronunciarla".

—¡Cuán sentenciosos somos! Creo que nuestras observaciones deberían ser puntuadas con polvos de rapé. —Una mujer puede ser tan perversa como se quiera, pero si no es bonita no le servirá de nada. —Los tres deberes de la mujer: el primero, ser bonita; el segundo, ir bien vestida; el tercero, no contradecir jamás. —Soy acaso un poeta menor para tener que exponer al vulgo mis sangrientas entrañas? —En una cena de compromiso hay que comer con prudencia, pero no demasiado bien; y hablar bien, pero no con demasiada prudencia. —En el hospital. Dos hombres eran grandes amigos: comían juntos, trabajaban juntos y se divertían juntos. Eran inseparables. Uno de ellos se fue a su casa a pasar unos días y en su ausencia el otro, al efectuar una autopsia, sufrió un envenenamiento de la sangre y cuarenta y ocho horas después murió. Había citado a su amigo en la sala de autopsias. Cuando entró lo encontró sobre la losa, desnudo y frío. "Me produjo cierta imitación", me dijo cuando me lo contó.

—No concibo disposición de espíritu más cómoda para la conducta en la vida que una resignación teñida de humor. —El resultado habitual de la cohabitación del hombre con la mujer, por sancionado que esté por la sociedad, es hacerlo un poco más insignificante, un poco más mezquino de lo que de otro modo hubiera sido. —No hay características femeninas más acusadas que una pasión por la minuciosidad y una memoria infalible. Una mujer es capaz de darnos cuenta minuciosa de una conversación insignificante sostenida con una amiga unos años antes; y lo que es peor, la dan. —Pocos infortunios pueden caer sobre un chiquillo que ocasionen peores consecuencias que tener una madre verdaderamente afectuosa. —Un código moral es tan sólo aceptado por las mentalidades débiles; las fuertes se forman el suyo. —Los lectores no se dan cuenta de que el pasaje que leen en una hora, en cinco minutos, se ha desarrollado fuera de la sangre del corazón del autor. La emoción que los impresiona como "tan verdadera" la ha vivido durante noches enteras de amargas lágrimas.

—Hay personas que dicen "Muy bien, muchas gracias", cuando se les pregunta cómo están. ¡Cuán vanas deben ser para imaginarse que a uno pueda importarle lo más mínimo! —Y, accidentalmente, en un desgarrón de rápidas nubes, aparece la pálida estrella tirando de frío. —Se sumergió en un mar de trivialidades y, con el poderoso pecho de un nadador del canal de la Mancha, emprendió su confiado paso hacia los blancos acantilados de lo obvio. —Timidez: mezcla de desconfianza y vanidad.



ANIVERSARIO 45 AÑOS
Rambler
 Colchones | Espumas | Resaca Hogar | Mobiliario
 Toda una experiencia
 Todos los colchones con **40%** de descuento
Ventas a crédito
 Visítanos en www.rambler.com.co

Entrada libre

Beatriz González
La comedia y la tragedia
Retrospectiva 1948 - 2010

Martes 22 de noviembre, 6:30 PM
 Pasaporte al arte con Beatriz González, Alberto Sierra y Julián Posada

Miércoles 23 de noviembre, 6:30 PM Inauguración

Clausura: marzo de 2012

Lugar: MAMM
 Sede Ciudad Del Río.

MUSEO DE ARTE MODERNO
 Medellín - COLOMBIA

programación en www.elmamm.org



andrea katic kurk fisioterapeuta

Clínica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
 tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co

mal mal correcto

Girardot Cigarrería

Lunes a sábado
 Venta de licores y confitería
 Cerveza

Servicio a domicilio

Cra 43 Nro 52-65
 Tels. 239 5180 - 239 6044

CÁMARAS QUE SE PREOCUPAN POR TI Y POR SALVAR TU VIDA.
 Las fotomultas nos ayudan a cuidar a peatones, conductores y a mejorar la movilidad de nuestra ciudad.

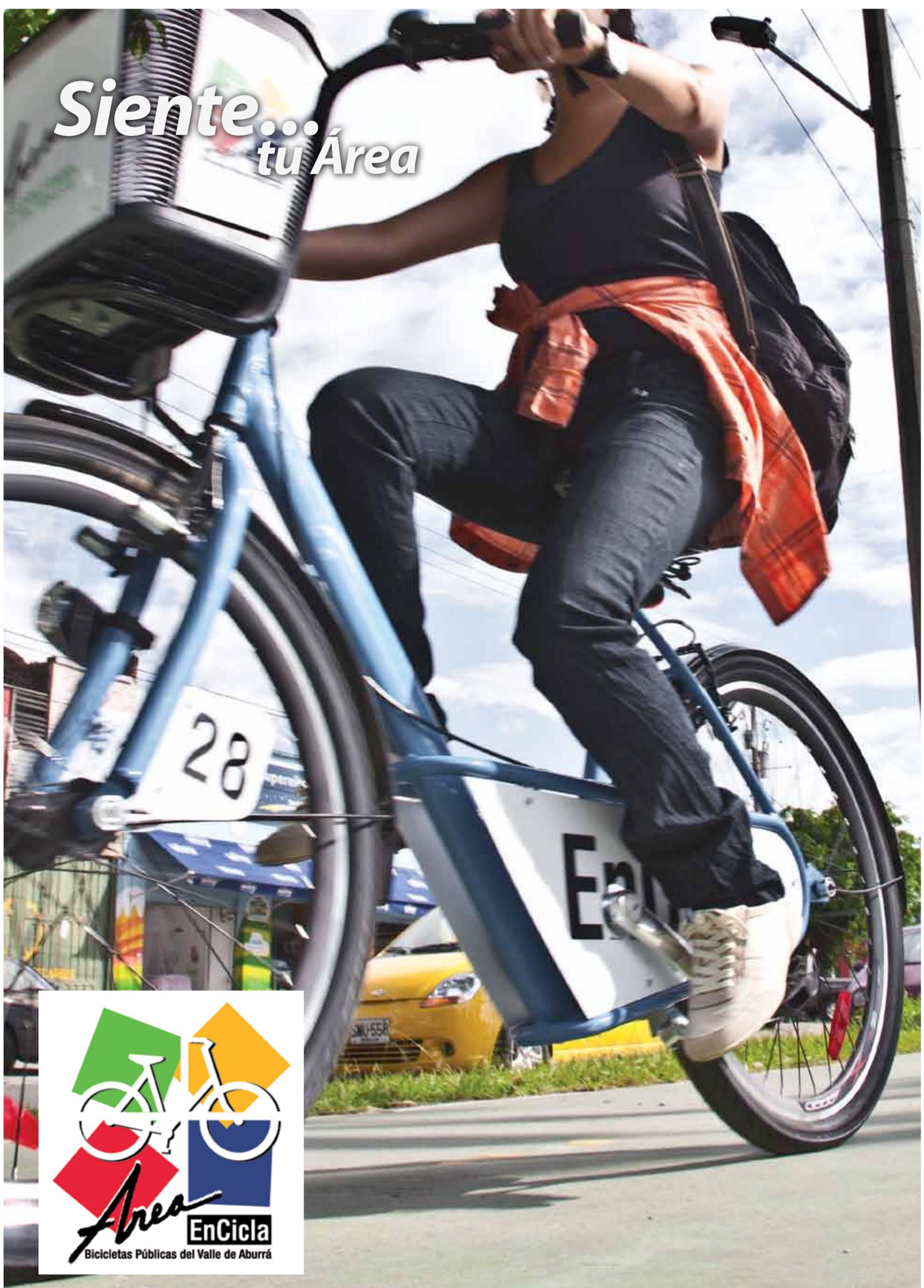
SISTEMA INTELIGENTE DE MOVILIDAD PARA VIVIR MEJOR JUNTOS.

Síguenos en

SISTEMA INTELIGENTE DE MOVILIDAD

Correlapayo Tecnológico

*Siente...
tu Área*



Área EnCicla es una prueba piloto que pone a disposición de la ciudadanía 145 bicicletas en tres puntos de la zona urbana y rural de Medellín. De esta manera se promueve el uso de un transporte alternativo y amigable con el ambiente.

